

144 y 145: Arriba, viñedo y frutales en la isla de Eivissa. Al igual que en Mallorca, el desarrollo de los cultivos leñosos fue una de las pautas fundamentales del cambio del paisaje agrario entre 1850 y 1950. En cambio, en Menorca (abajo) se ha mantenido un cultivo fundamentado casi en su totalidad en plantas herbáceas (cereales y forrajes).



La pérdida progresiva de la actividad agrícola explica que la importancia de lo que se entendía por años "malos" desde el punto de vista climatológico vaya a menos. Para la nueva economía, y hasta cierto punto, los años afectados por la prolongación de la sequía estival no parecen plantear grandes problemas; antes al contrario, tales situaciones pueden convertirse en factor que favorece la afluencia de turistas a las islas. Eso no impide hablar de años de aridez extrema (1913, 1945), similares a aquellos que tiempo atrás movilizaban a la población en actos religiosos que pretendían conseguir la deseada lluvia.

Durante este siglo también se produce otra situación significativa. Coincidiendo con una época en la que disminuye la población directamente vinculada con la producción agraria, tiene lugar un crecimiento demográfico bastante mayor al registrado en los periodos anteriores. La tabla 26 resume la trayectoria de la población de las islas en el siglo XX.

De 311.650 personas censadas en 1900 se ha pasado a 878.627 en 2001, aumento realmente notable. Esta tendencia, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX, se explica sobre todo por la afluencia de población desde el exterior, aunque también las mejoras sanitarias e higiénicas favorecieron un mejor balance entre natalidad y mortalidad que en épocas previas. De las crisis, a veces recurrentes, que motivaron ciertas corrientes de emigración desde las islas a puntos diversos (América, Argelia, etc.) se ha pasado a una nueva etapa en la que las expectativas económicas del turismo constituyen un poderoso reclamo para un gran contingente de población, tanto peninsular como de otros ámbitos.

Además, desde aproximadamente 1960 se debe contar con la presencia transitoria (fundamental-



146: "Almendros en flor", óleo del pintor Hermen Anglada-Camarasa (ca. 1917). La atención prestada por este artista al paisaje mallorquín realza la trascendencia de los temas tratados. La generalización del almendro en el paisaje de la isla explica que fuera objeto de atención, tanto de éste como de muchos otros pintores.

mente estival) de los visitantes que encuentran en la isla una serie de valores de ocio sumamente atractivos, de cuyas cifras daremos cuenta más adelante. Como resultado de estas tendencias demográficas, una gran cantidad del territorio balear se ha convertido en espacio edificado.

El paisaje agrario preturístico

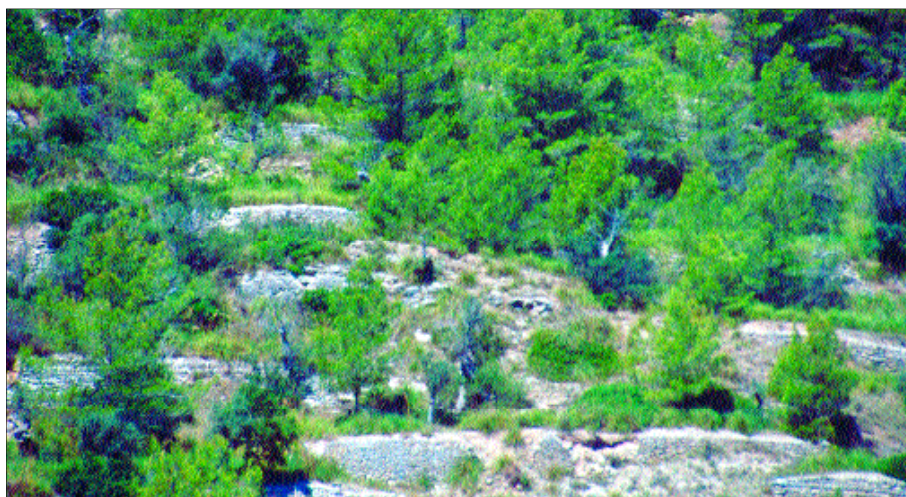
En el siglo XX continuó, y durante bastantes años, la expansión de las superficies destinadas a cultivos leñosos arbóreos. El geógrafo francés Jean Brunhes (1911) retrata fielmente los detalles del nuevo paisaje agrario mallorquín, que se convirtió en una suerte de "cultura promiscua" a la manera toscana: los protagonistas son ahora almendros, higueras y olivos; pero conviven con ellos en muchos lugares los cereales, las legumbres, los pimientos, las patatas o las habas. Entre Manacor y Felanitx, por ejemplo, le llaman la atención los grandes almendros en filas, con higueras en el centro, viñas en el suelo y líneas perpendiculares de habas. Como cultivos especiales, Brunhes destaca los arrozales de la Albufera de Alcúdia, los viñedos de Binissalem y los naranjos de Sóller. En las labores del campo parece que la intensidad del trabajo de los agricultores y campesinos difiere poco, entonces, de la que caracterizaba a épocas previas; según un testimonio recogido por este autor, "aquí los niños desde sus más tiernos años van a trabajar al campo y hacen ya el trabajo de las mujeres; las mujeres hacen el trabajo de los hombres; los hombres hacen el trabajo de las bestias de carga".

Desde fines del siglo XIX se empiezan a apreciar algunos cambios que son síntomas de la "modernización rural". Entre ellos destaca la proliferación de abonos químicos y minerales. Al menos en 1908 funciona la primera fábrica de abonos químicos (que utilizaba como fuente de energía el gas y el vapor) denominada "La Fertilizadora", instalada en Portopí (antes en Santa Catalina) para favorecer la exportación de excedentes no consumidos por la isla (Roca, 1992). El regadío, además de aumentar, se tecnifica; en Sa Pobla, por ejemplo, encontramos un paisaje en el que destacan abundantes norias movidas con motor.

En Eivissa y Formentera, como en Mallorca, el panorama de los cultivos también asiste, desde el siglo XIX, a un incremento sustancial de los frutales (almendros, higueras, algarrobos...; fotografía 144). No así en Menorca, donde desde tiempo atrás perduraba una agricultura fundamentada en los cultivos herbáceos. La fisonomía menorquina muestra, de nuevo, la intensa transformación del medio, ejemplificada aquí por una superficie del suelo que estaba, según Brunhes (1911), "desmontada piedra a piedra, casi en toda la isla", disponiéndose en innumerables muros (de 1 a 2 m de altura) que protegen de los vientos del norte. Las tierras se dedicaban, además de a la producción pecuaria, al cultivo del trigo, avena, viñedo e higueras. En ciertos ámbitos, como en el entorno de Maó, proliferaban las huertas.

En la primera mitad del XX el paisaje agrario presenta un claro contraste con el predominante un siglo atrás, al menos en buena parte de las islas. Compárese sino esta descripción de Mallorca, hecha por el mismo Brunhes (1911) con la que habían efectuado sesenta años antes el corresponsal del

147 y 148: El abandono del medio rural producido desde hace aproximadamente medio siglo explica la alteración de antiguas estructuras que marcaron antaño profundamente el paisaje de ciertos ámbitos insulares; uno de los más significados es, sin duda, el de los bancales en zonas de montaña, como estos de Eivissa (imagen superior) y Mallorca (debajo). La intensa dinámica vegetal, protagonizada fundamentalmente por pinos y matorrales diversos, ha hecho que en un lapso relativamente breve de tiempo se haya alterado la fisonomía de estas comarcas. Aunque casi siempre se ha valorado negativamente este proceso biotásico, la coexistencia de arbolado y muros de piedra transmite un sentido de respeto y admiración profundos ante la capacidad de la Naturaleza de recuperar lo que fue suyo.



periódico portugués Panorama o el archiduque Maximiliano de Austria: "El panorama atalayado desde el castillo de Bellver permite intuir y adivinar detrás de Palma esta comarca fértil y feliz; el compacto hemicírculo que forma la mancha urbana y pétrea adosada al semicírculo de las aguas del golfo se halla envuelto por otro hemicírculo más extenso, que se levanta y se pierde dulcemente hacia el horizonte, sembrado de pequeñas aldeas y casas aisladas y que se halla por entero cubierto de árboles cultivados. En estos últimos días de febrero o en los primeros de marzo la llanada central ofrece su más brillante decoración floral. Mientras que la aureola de pinos de Alepo envuelve directamente a nuestros pies la pequeña colina que sirve de apoyo al castillo de Bellver; mientras que hacia el Oeste se levantan los primeros estribos de la Sierra Mayor calcárea, sembrados hasta sus cimas de los puntos negros de los arbustos o matas de la "garigue" mediterránea; mientras que en las partes bajas y en todas las alturas que van del llano a la montaña se aprieta el follaje ligero y perenne de los olivos, frente a todos estos verdes, más oscuros o más claros, se desarrolla hasta perderse de vista la brillante floración blanca de los almendros".

Los suelos cultivables estaban "casi todos utilizados" (Brunhes, 1911). Predominan entonces las señales de las recientes roturaciones, hechas a costa de masas forestales o matorrales. La intervención en el medio es intensa; el arbolado, cultivado o no, pocas veces escapa a la poda. Nos encontramos con un medio rural en el que todavía son protagonistas destacados los animales de carga; el número de carros, asnos y mulos llama la atención de los visitantes. El predominio del hábitat concentrado explica los diarios movimientos de población campesina desde las villas a las explotaciones; al regresar, los mulos lo hacen cargados de ramaje podado o de sarmientos cortados, precisos todavía para los fuegos de las cocinas. A Palma llegaban, algunos días a la semana, filas enormes de carros que transportaban leña de pino de los bosques próximos, utilizada sobre todo para los hornos de pan (Castelló Mas, 1991).

También Vilá (1950) da cuenta de un paisaje en Formentera plenamente agrario; las evidencias hablan de una marcada utilización agraria de la isla, pero que son muestras de un paisaje sumamente joven, pues se trata de una ocupación y utilización comenzada con el siglo XVIII. Por entonces, más

de un tercio de la isla era utilizada por la ganadería, y ello pese a la escasa calidad de los pastos y su agostamiento entre agosto y septiembre, que obligaba al empleo de las áreas boscosas (además de las barbecheras y las rastrojeras) como fuente de alimento para el ganado; el desarrollo normal del arbolado se veía de esta manera seriamente perjudicado. En esta isla las ovejas dominaban (2.480) sobre las cabras (1.797; datos de 1947); el ganado mayor era escaso, siendo utilizado para transporte y faenas agrícolas (218 asnos, 10 mulas, 11 caballos, 150 bueyes y vacas).

La tabla 27 informa sobre los cambios ocurridos entre 1860 y 1960 en los cultivos de las islas. En Mallorca, hasta 1960, incluso en fechas posteriores, la trayectoria de la superficie cultivada fue creciente, como también lo fue en las Pitiusas. En esos cien años el predominante porcentaje de herbáceas de secano (cereales, fundamentalmente), disminuyó de manera notable; como contrapartida se asiste a la ya señalada expansión del almendro (espectacular, sin duda), y a la más modesta del algarrobo y la higuera. Olivo y viñedo entraron ya en este periodo en fase descendente. La higuera y el olivo perdieron su protagonismo como frutales más extendidos en la isla.

En Menorca los cambios son poco llamativos a este nivel, pues siguen siendo los cultivos herbáceos de secano los protagonistas principales de su agricultura. Aquí las transformaciones deben buscarse en la generalización de nuevos cultivos, muchos correspondientes a la categoría de plantas forrajeras. Es también llamativo el descenso en el total de tierras cultivadas, hasta situarse en una extensión equivalente a la mitad de la isla.

Tabla 27: Evolución de la superficie cultivada (1860-1960)				
Isla y cultivo	1860	%	1960	%
Mallorca				
Regadío	6.187	3,2	12.219	5,8
Herbáceas (secano)	122.789	62,3	74.322	35,5
Almendro (id.)	5.314	2,7	65.634	31,3
Algarrobo (id.)	7.610	3,9	14.074	6,7
Higuera (id.)	12.789	6,5	19.161	9,1
Olivo (id.)	25.949	13,2	16.559	7,9
Viñedo (id.)	15.543	7,9	4.285	2,0
Otros frutales (id.)	535	0,3	3.608	1,7
Total	196.716	54,4^a	209.862	58,3^a
Menorca				
Regadío	322	0,8	598	1,8
Herbáceas (secano)	39.549	97,9	32.269	94,7
Almendro (id.)	48	0,1	286	0,8
Algarrobo (id.)	0	0	68	0,2
Higuera (id.)	165	0,4	251	0,7
Olivo (id.)	0	0	3	0,0
Viñedo (id.)	0	0	25	0,1
Otros frutales (id.)	324	0,8	577	1,7
Total	40.408	59,2^a	34.077	50,0^a
Eivissa y Formentera				
Regadío	456	1,9	1.430	4,7
Herbáceas (secano)	18.706	78,2	11.702	38,2
Almendro (id.)	521	2,2	5.677	18,5
Algarrobo (id.)	1.729	7,2	7.995	26,1
Higuera (id.)	1.197	5,0	2.352	7,7
Olivo (id.)	871	3,6	1.343	4,4
Viñedo (id.)	454	1,9	133	0,4
Otros frutales (id.)	0	0	40	0,1
Total	23.934	38,1^a	30.672	48,5^a
a: Porcentaje de tierra cultivada respecto a la superficie insular total. Fuente: Lucas i Vidal (2002).				

En Eivissa y Formentera la superficie total cultivada pasó de 21.335 ha en 1860 a 27.950 ha en 1960. Este incremento no afectó a los diferentes cultivos por igual; incluso algunos asistieron a un claro descenso, como es el caso de los cereales de secano; se produjo un leve incremento del cereal de regadío y, menos, de los frutales de regadío. En cambio, el aumento fue muy notable (como en Mallorca) en el almendro y el algarrobo, y ligero en la higuera y el olivo. El proceso de “arborización” de las tierras de cultivo se manifiesta en esta isla, pues (aunque con cierto retraso respecto a Mallorca), con suma claridad (Prats, 1979). En Formentera esos cien años apenas reportan grandes variaciones; la única excepción es el incremento de las higueras y el viñedo, con un descenso ligero de los cereales de secano.

Este paisaje de mediados de siglo en el que los frutales se convierten en el elemento visual más representativo (tanto en Mallorca como en las Pitiusas), y que se ofrece al visitante de entonces como una realidad plenamente funcional y reconocible, es, según lo que hemos visto hasta ahora, un paisaje nuevo, joven. Por entonces, como relata Brunhes, todavía se mantenían, por ejemplo, las tierras de cultivo en ámbitos poco favorables, como los serranos. En Estellencs y Banyalbufar los muros de los bancales estaban todavía bien conservados (fotografía 99); las parcelas de los modestos cultivadores de Banyalbufar, dedicadas fundamentalmente a legumbres, cereales y sobre todo viñedo, le deslumbran; se le antojan como “marquetería de terrazas superpuestas”: tierra rojo oscuro, tierra escardada, removida, allanada y fresca como de macetas.

Pero el panorama del archipiélago se iba a ver afectado entonces por una nueva alteración. El mundo rural, que se había mantenido practicando una agricultura fundamentalmente de subsistencia, se transformó como resultado de la progresiva implantación del turismo como actividad económica principal. La consecuencia más destacada ha sido el abandono de numerosas explotaciones agrícolas, principalmente de aquellos cultivos o espacios ganaderos establecidos en los terrenos menos productivos; el *payés* mallorquín también abandonó el *caçot*, la camisa de tejido áspero y sin cuello que le llegaba hasta las rodillas. Esos impresionantes bancales cantados por Brunhes y otros autores están en la actualidad en proceso de descomposición (Carbonero, 1984); encontramos abundantes ruinas de molinos y pequeñas huertas medio abandonadas, proliferando en cambio la construcción de residencias secundarias sobre las terrazas de antiguos cultivos. Las terrazas, por otra parte, son testigos de la capacidad colonizadora del bosque, pues muchas de ellas son progresivamente ocupadas por matas y árboles; no resulta exagerado afirmar que el paisaje que percibimos hoy en la Sierra de Tramuntana de Mallorca es otro distinto al que prevalecía hace cincuenta años: fácilmente se observan en un recorrido por estos lugares restos de antiguas terrazas, restos de un paisaje intensamente cultivado, debajo de lo que hoy son bosques o bosquetes de pinares (fotografías 147 y 148).

Las actividades industriales. El sector del mueble

El desarrollo industrial en las islas Baleares se ha considerado siempre muy débil. El impulso que recibe este sector económico durante el primer tercio del siglo se trunca como consecuencia de la guerra civil, y los años de postguerra no ofrecían un contexto favorable para su reactivación. Ciertamente desde mediados del siglo XIX se habían venido gestando avances en la actividad industrial de ciertos sectores, como el textil, en la que los cueros y los calzados presentaban un papel destacado. Deben señalarse también los avances, más modestos, que afectaron a la metalurgia (que hasta bien entrado el siglo XX se nutrió fundamentalmente de carbón vegetal), y también los breves años de auge de la industria jabonera, que se prolongan, como vimos, hasta el segundo decenio del siglo XX.

El carbón mineral mallorquín se empezó a utilizar como recurso energético industrial a partir del siglo XX, aunque una gran parte del combustible empleado procedía del exterior. En algunos casos, como en los motores de gas pobre de fábricas de tejidos y algodón, se empleaban cáscaras de almendra, pues su poder energético resulta mayor que el de la leña; otro indicador de la expansión del cultivo del almendro desde los decenios precedentes.

Una de las actividades más dinámicas en esta época fue el sector del mueble, íntimamente conectado por tanto con la utilización de los recursos del bosque, aunque también se utilizaban maderas procedentes de árboles cultivados, como el olivo. Las industrias del mueble asisten, ya desde los últimos decenios del siglo XIX, a importantes transformaciones (Manera & Escartín, 1996). Hasta la guerra civil cabe hablar incluso de auge productivo, ligado en parte a la progresiva mecanización de los establecimientos: vapor en los primeros momentos, electricidad sobre todo desde 1931.

En 1915 existían en Mallorca (fundamentalmente en Palma y Manacor) 16 empresarios contribuyentes por 21 máquinas de cepillar y taladrar madera; otros 52 que contribuían por sierras sin fin o de



149: Todavía en la actualidad muchas embarcaciones siguen dependiendo fundamentalmente de la madera en su construcción. La demanda de madera de las islas, por tanto, se mantuvo durante mucho tiempo para alimentar la actividad de los astilleros insulares. En la imagen, barcas varadas en Formentera.

cinta (que sumaban 3.077 cm); y 7 carpinteros con sierras circulares. Hasta la guerra civil estas cifras fueron en aumento. La producción principal de estos establecimientos se dirigía a la fábrica de mobiliario en general, además de tacones para el calzado.

En el segundo decenio del siglo XX se crearon en Palma varias empresas cuya finalidad principal era el comercio de maderas. Este desarrollo relativo del sector de la madera tiene su correspondencia en el incremento de la infraestructura industrial. Seguramente la población más conocida por su industria mobiliaria es Manacor; y sin embargo su especialización en este sector fue relativamente reciente. A comienzos del siglo XIX eran muy pocos los carpinteros allí censados. Los primeros indicios de la industria del mueble no se producen hasta finales del siglo XIX, estando destinada sobre todo a la fabricación de sillas. Se trataba, además, de una actividad eminentemente artesanal. Por otra parte, el peso que presenta Palma en este ramo siempre ha superado al del resto de localidades (Manera & Escartín, 1996).

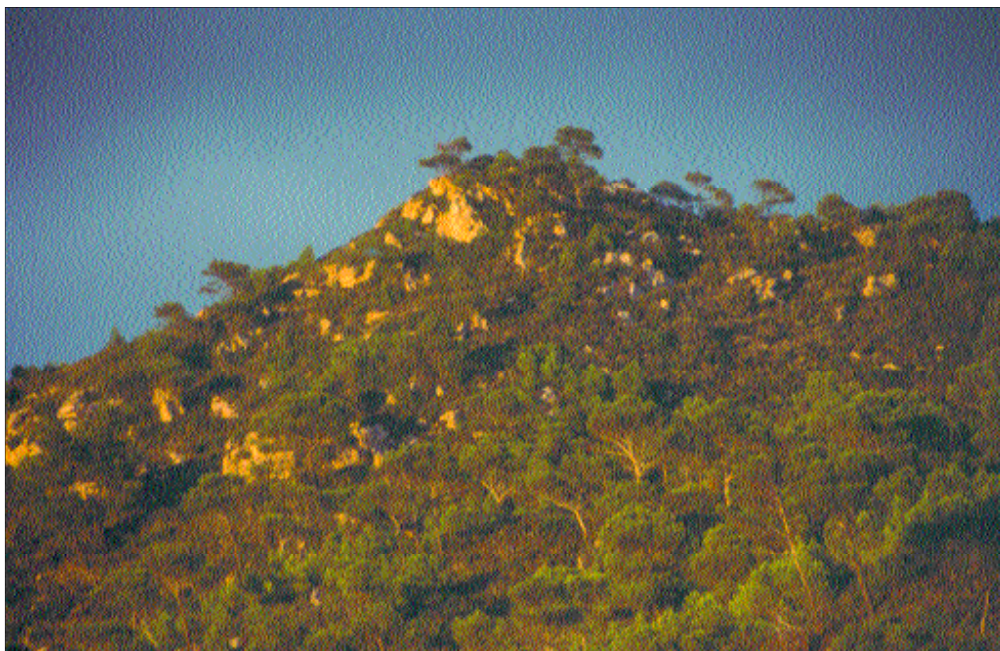
En Manacor la especialización del sector del mueble prosiguió tras la guerra. Según el padrón de 1955, había en Manacor unos mil obreros dedicados al trabajo de la madera y más del 49 por ciento del total de las empresas censadas en 1958 eran productoras de muebles, sillas o géneros vinculados con la ebanistería en general.

En el conjunto de las Baleares el principal impulso industrial viene dado, desde 1940, por el auge de la construcción, lo que afecta directamente a las necesidades de madera; esta demanda se resolvía fundamentalmente con importaciones del centro y norte de Europa. A ello se suman una serie de actividades menores, a veces complementarias, y basadas en talleres de dimensiones modestas. La producción de cueros, zapatos y textiles mantienen su vigencia. Pero esta etapa industrial persistió poco tiempo. El advenimiento del turismo masivo se impuso sobre las actividades económicas pre-existentes (industria, agricultura), que por cierto no presentaban, al menos desde el punto de vista de las rentas generadas, una situación desfavorecida respecto al conjunto nacional de esos años (Manera, 2001).

El comercio y los productos forestales

Si el final del siglo XIX está marcado por el fin de la aventura comercial ultramarina en el archipiélago balear, durante el primer tercio del XX se asistió a una gran expansión del comercio de cabotaje, especialmente en la mayor de las islas. Fueron sobre todo los años 1914 a 1930 los que registraron ese incremento. Carles Manera (2001) ha tratado suficientemente las características y claves de esta modalidad comercial en el tránsito de los siglos XIX al XX. Debe resaltarse, porque nos interesa especialmente, el protagonismo destacado de los productos relacionados con el bosque (tanto de forma directa como previa su transformación) en esta práctica. En 1918, por ejemplo, se exportaron desde Palma 722 toneladas de madera labrada (muebles, pipería), representando en torno al 3 por ciento del valor de las extracciones industriales de Mallorca. Además, se exportaron 5.320 toneladas de madera en rollo y en tablas (Manera & Escartín, 1996). En esos años de auge del cabotaje las salidas de madera y obra de madera superaban, con mucho, a las entradas. Entre 1913 y 1936 se exportaron desde Palma 5.850 toneladas de madera sin labrar (Manera, 2001).

150 y 151: Las dificultades que ofrecía el transporte de productos voluminosos, y entre ellos los forestales, explica la importancia de ciertos puertos en el comercio de cabotaje hasta mediados del siglo XX. Las comarcas próximas a esos puertos presentaban todavía importantes extensiones cubiertas por vegetación leñosa. En la imagen superior, pinares en Felanitx (arriba); debajo, vista de Portocolom, que era el puerto utilizado para la extracción de los productos forestales existentes en el término de Felanitx.



De todas formas, el liderazgo de las exportaciones lo tenían los productos agrícolas y, entre los industriales, el calzado, que llegó a representar el 32 por ciento del total de las mercancías registradas por el puerto de Palma (Manera & Escartín, 1996); la primera guerra mundial provocó una elevada demanda de calzado militar. En estas mismas fechas la industria naval cobró un nuevo impulso, lo que repercutió en nuevas necesidades de madera, pese a que en ciertas embarcaciones se utilizaban ya nuevos materiales.

Para el periodo 1933-1939 está constatado que el comercio de cabotaje tenía mayor importancia que el de altura (Gayoso, 1995-1996). En la balanza comercial predominaban las importaciones sobre las exportaciones. Los combustibles, las primeras materias industriales (caucho, cuero) y los productos químicos eran obtenidos en el exterior. En la exportación casi la totalidad lo representaban productos agrícolas: almendras, patatas y frutas carnosas. Con el inicio de la guerra (1937) disminuyó la llegada de combustibles (petróleo, carbón mineral), en tanto que cobró importancia la de harina de trigo, azúcar y aceite de oliva. En el capítulo de salidas se incrementaron notablemente los abonos minerales y orgánicos, así como las conservas. De nuevo la industria del calzado jugó un papel importante en los años inmediatamente previos a la guerra civil española. Los principales compradores de esos años eran Inglaterra, Francia y Alemania (productos agrícolas). Las importaciones, que incluían una gama muy amplia de productos, procedían en estos años fundamentalmente de Túnez, Inglaterra, Marruecos francés, Canarias, Estados Unidos y Alemania.

Tabla 28: Entradas y salidas en comercio de cabotaje de algunos productos ganaderos y forestales (Mallorca)

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1939
Entradas (en toneladas)							
Madera en tablas	3.042,8	8.792,4	6.277,0	5.313,9	25,7	833,9	2.392,8
Salidas (en toneladas)							
Carbón vegetal y leña	-	1.394,2	1.670,8	1.028,0	666,5	200,3	1.138,0
Caballos	25,7	34,5	46,8	23,1	-	-	44,9
Mulas	35,8	41,0	40,5	42,6	-	-	75,8
Asnos	0,8	0,3	0,2	0,1	-	-	0,1
Ganado bovino	76,6	301,6	318,7	228,9	-	-	140,9
Ganado lanar	-	-	79,4	282,0	203,0	95,0	5,9
Ganado porcino	-	-	209,9	323,2	712,8	64,9	104,0

Fuente: Gayoso Enrique, 1995-1996.

Tabla 29: Productos forestales comercializados en cabotaje.

Puertos de Alcúdia, Andratx, Capdepera, Felanitx y Sóller (1913-1964)

Producto	Toneladas
Madera en bruto	63.634
Madera semielaborada (tablas, cajas, postes, elementos para la construcción)	27.806
Leña	30.808
Carbón	3.561
Cortezas	9.603
Palma (<i>garballó</i>)	3.274
Otros	1.664
Total	139.647

Fuente: Brunet (1992).

En Mallorca el comercio de productos forestales cobró gran importancia durante toda la primera mitad del siglo. Para el periodo 1913-1964, y dejando de lado la actividad del puerto principal, que seguía siendo Palma, el tráfico más significativo correspondía a Alcúdia, Andratx, Capdepera (Cala Ratjada), Felanitx (Portocolom; fotografías 150 y 151) y Sóller (Brunet, 1992). Uno de los principales problemas para la comercialización de los productos forestales era la propia marginalidad de los bosques mallorquines y las dificultades que conllevaba el transporte desde los lugares de extracción a los centros de distribución o consumo. Las características de peso y volumen del principal producto extraído (la madera) junto con el deficiente estado, hasta no hace mucho tiempo, de los caminos y carreteras interiores de la isla, explican el relevante papel de los puertos secundarios de la isla en el transporte de productos forestales. Incluso pequeñas calas, como la de Sant Elm, se convertían en lugares asiduamente frecuentados por los *llaüts* para cargar carbón vegetal, leña (o también yeso) con destino a Palma o Cataluña.

Los productos forestales transportados a través de esos cinco puertos en los años señalados alcanzaron las 139.613 toneladas, cifra que supone el 21,5 por ciento del tráfico general de mercancías. Estos puertos mostraban, pues, una marcada especialización en lo forestal, con un protagonismo claro de Alcúdia, aunque era Andratx el que tenía un mayor nivel de especialización forestal. En Capdepera, además, se daba una concentración alta en la comercialización de *garballó* (palma de palmito). El tipo de comercio desarrollado en estos lugares contribuye a hacerse una idea de la importancia que tenía la explotación forestal en las comarcas próximas.

Este comercio forestal asistió a algunos años de bastante auge, como fueron los correspondientes al tercer decenio del siglo. La guerra civil y la posguerra motivaron una marcada recesión. Durante los cuarenta se reactivó, entrando en una fase descendente a partir de los años cincuenta, para dejar de existir prácticamente en los sesenta. La única excepción es Alcúdia, donde se mantiene el tráfico

152: El desarrollo del turismo ha traído de la mano el desarrollo intenso de los espacios urbanizados; no hay ningún tipo de duda de que esta actividad económica es responsable de la principal transformación del territorio litoral balear. En la imagen, sector de la costa suroccidental de Mallorca, con manifestaciones constructivas tanto verticales (bloques de apartamentos) como horizontales (chalets individuales).



de madera. En la actualidad, en todo caso, la balanza comercial es negativa, pues las salidas sólo representan un 10 por ciento del tráfico de este tipo de productos, y se concentra fundamentalmente en Palma (92 por ciento del tráfico; un 8 por ciento en Alcúdia).

Respecto a la tipología de los productos forestales comercializados (tabla 29), tan sólo tres de ellos reunían más del 85 por ciento del comercio total: madera en bruto 45,6 por ciento), madera semielaborada (19,9 por ciento) y leña (20 por ciento).

Debe advertirse que en esta tabla se incluyen importaciones (fundamentalmente madera en bruto) por un valor próximo al 10 por ciento del volumen total comercializado. La leña era generalmente de pino blanco (*Pinus halepensis*). Otros productos igualmente procedentes del pino eran el carbón y la corteza; también se extraía mirto, bellota de encina, carrizo (tanto en fresco, para el ganado, como sus largas hojas, utilizadas para elaborar cuerdas) o palmito (para espuelas).

Los destinos de estos productos eran variados: leña de Alcúdia para el norte de África (Ceuta, Melilla, Alhucemas) y Génova (alguna vez a Las Palmas de Gran Canaria); madera en rollo a diversos puertos insulares, y también a Denia, Gandía, Cartagena, Barcelona y Melilla; cortezas a Mazarrón; carbón vegetal y leña a Barcelona; madera semielaborada para cajerío a Málaga, Castellón y Valencia; *garballó* en palma a Francia, etc.

A partir de los años cuarenta se hicieron más frecuentes las importaciones: a Alcúdia se traen de Alemania traviesas y postes. Incluso desde los años treinta tienen lugar importaciones de *garballó*, de Almería, Sevilla y Málaga, para nutrir la naciente industria de palmito, destinada a la exportación de productos elaborados con esta fibra, aunque más adelante serviría para hacer frente a la intensa demanda por parte de turistas. Para la construcción de edificios eran habituales las entradas de madera (robles del centro de Europa, pino del Norte, abetos, olmos, castaños, chopos...). Era Palma, en todo caso, el puerto al que se dirigía la mayor parte de las importaciones de este tipo.

La función comercial de estos cinco puertos perdió importancia hacia finales de los años cincuenta, dándose paso a la actividad pesquera, a su papel como lugares de resguardo para embarcaciones diversas y también al tráfico turístico litoral. En la actualidad el transporte de madera se realiza casi en exclusiva vía Palma y Alcúdia. Esta nueva situación se explica por diversas circunstancias: mejoras de la red viaria terrestre, disminución de las embarcaciones de vela dedicadas al transporte, reducción e incluso cierto abandono de la demanda de productos forestales (especialmente los distintos a la madera), escasas aptitudes de los pequeños puertos para el movimiento de mercancías de gran tonelaje, como es el caso de la madera, etc.

Por otra parte, la costa siguió siendo, hasta aproximadamente los años cincuenta, un territorio fundamentalmente solitario, pero abundante en lugares accesibles para el desembarco de mercancías. Ello favoreció que fuera un ámbito de fácil acción para los contrabandistas. No deja de llamar la aten-

ción que este ámbito costero poco frecuentado, testigo del cabotaje, del contrabando y de prácticas pesqueras, se convirtiera poco después en el territorio insular más afectado por la urbanización ligada al turismo. El siglo XX representó también la ruptura con una tradición secular en la que la mayor ocupación del territorio se había dado siempre en el interior, pasándose a otra fase, especialmente desde 1960, en la que el protagonista de los cambios más radicales sería el sector costero.

El desarrollo del turismo y sus repercusiones territoriales

De la afluencia de unos pocos viajeros selectos y famosos en el siglo XIX se pasó a 43.000 turistas en 1931 y a 1.080.826 en 1965. A partir de este decenio, la actividad turística, con frecuencia denostada, ha sido el motor de una prosperidad hasta entonces no conocida, alcanzándose los más brillantes indicadores económicos de todo el Estado. La bonanza económica afectó a todo el archipiélago, pero tuvo múltiples consecuencias sobre el paisaje, algunas visibles de forma notable y menos afortunada que la recuperación e incremento general de la densidad del arbolado como consecuencia del hundimiento del aprovechamiento agropecuario. La primera llamada de atención nos la da la abigarrada concentración de infraestructuras en las zonas costeras y la ruina de los sistemas litorales ligados a playas y arenales. Con frecuencia se han levantando abruptas murallas verticales de hormigón, consumidoras de una enorme cantidad de recursos, algunos escasos, como es el agua; pero también de suelo, especialmente cuando se plantea como alternativa la idealizada urbanización horizontal, pues el consumo es máximo cuando una parcela equivale a una vivienda (fotografía 152).

Ya en los años setenta el turismo se había convertido en la principal fuente generadora de riqueza económica de las Baleares (tabla 30).

Tabla 30: Evolución del producto interior bruto v de la población activa por sectores económicos

Año	PIB (%)		Población Activa (%)	
	1955	1979	1955	1979
Sector primario	15,1	4,3	40,2	16,5
Sector secundario	37,6	19,6	30,2	31,3
Sector terciario	47,3	76,1	29,6	52,2

Fuente: Picornell, 1986.

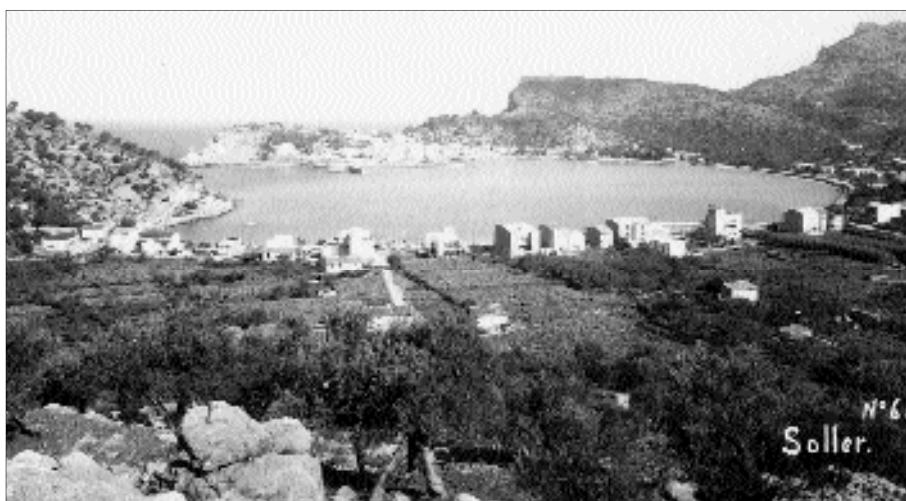
A mediados de los años ochenta aproximadamente el 60 por ciento de la actividad económica giraba en torno a la hostelería, lo que explica la utilización del término "monocultivo" al referirse a la economía balear. Sólo en Calvià existían más plazas turísticas que en todo Túnez. Algunos de los peligros de esta situación se han descrito en diferentes ocasiones; entre ellos se resalta la excesiva dependencia de los *tours-operators* extranjeros (que llegar a tramitar los viajes de en torno al 80 por ciento de los turistas), lo que puede favorecer (y de hecho así ha ocurrido en los últimos años) el desvío de turistas a otros destinos (Picornell, 1986).

Picornell (1978) definió lo que han sido las diferentes etapas de desarrollo de esta actividad. Hasta 1950 hay que hablar de turismo tradicional, individual, a partir de esa fecha, y hasta 1960, se entra en una fase de transición al turismo de masas, que se impone ya con claridad, al menos en Mallorca, desde esta última fecha. Desde entonces, y salvando la crisis transcurrida entre 1973 y 1981, el turismo de masas se ha impuesto como modalidad económica fundamental. Si en 1990 los ingresos por el turismo alcanzaron los 439.000 millones de pesetas, en 1998 sobrepasaron el billón de pesetas (Manera, 2001).

Las causas que explican este desarrollo masivo, al menos en sus orígenes, son varias (Picornell, 1986). En un principio, desde luego, no era el paisaje el motivo principal de las visitas turísticas; pesaban más otras razones: la posibilidad de encontrar (la población europea no mediterránea) un país latino a 2 horas de vuelo de los puntos de origen; de tratarse de una zona pacífica y no conflictiva; la cercanía (menos de una hora) de los hoteles al aeropuerto receptor, unos precios sumamente ventajosos (tanto afectando al suelo como a los alimentos y a la mano de obra); un mínimo control fiscal; un control escaso de la salida ilegal de divisas; un clima benigno...

La tabla 31 muestra la evolución del número de turistas en el último medio siglo, así como la de las plazas hoteleras disponibles. Estas últimas representan sólo una parte de los alojamientos, pues un número elevado de visitantes, durante mucho tiempo desconocido, se instalaba en apartamentos.

153 y 154: Menos de cuarenta años han transcurrido entre estas dos imágenes, correspondientes al puerto de Sóller. Esta localidad fue una de las primeras en conocer un fuerte desarrollo de la urbanización ligada a la actividad turística (153: archivo fotográfico Andreu Muntaner Darder; 154: colección fotográfica Pere Mascaró, Arxiu Municipal de Palma).



Según Picornell (1986), en 1980 existían 309.496 plazas de apartamentos, frente a 243.237 hoteleras. A ello habría que sumar la existencia de segundas residencias, utilizadas tanto por turistas como por locales; de las 175.288 viviendas censadas en Mallorca en 1981, unas 75.000 eran residencias secundarias. La Conselleria de Turisme del Govern Balear ofrece unos valores de capacidad extrahotelera de alojamiento sustancialmente más bajos: 69.626 plazas en 1986, 115.781 en 2002.

Tabla 31: Evolución del número de turistas y de las plazas hoteleras

Año	Número de turistas (en miles) ^a	Número de plazas hoteleras
1950	98,0	-
1960	400,0	-
1961	519,7	27.772
1966	1.080,8	82.829
1970	2.272,0	174.159
1975	3.435,9	230.013
1980	3.550,6	228.765
1985	4.406,5	187.271 ^b
1990	6.068,7	227.972 ^c
1995	8.189,0	246.081 ^d
2000	9.827,8	297.738 ^e

a: Desde 1985 sólo incluye turistas llegados por vía aérea; b: 1986; c: 1991; d: 1996; e: 2002.

Fuente: Salva Tomás, 1985 (hasta 1980). Número de turistas 1985-2000: www.finestraturistica.com. Número de plazas hoteleras 1986-2002: Les Illes Balears en xifres 2001.

Estas tendencias explican el fortísimo incremento de urbanizaciones o de parcelaciones rústicas, consumidoras de una gran cantidad de terreno; durante bastantes años, muchas de esas actuaciones



155 y 156: Los ejemplos de transformación por el turismo son innumerables en la costa mallorquina. La comparación de fotografías de diferente época permite constatar la intensidad de las transformaciones. Arriba, la playa de Sant Jordi, en el sur de Mallorca, a comienzos del siglo XX (archivo fotográfico Andreu Muntaner Darder); debajo, el mismo lugar en la actualidad.



nes fueron ilegales o clandestinas: en 1982, concretamente, 482 urbanizaciones o parcelaciones entraban en esa categoría (Picornell, 1986). Este desarrollo turístico explosivo ha creado incluso el término *balearización*, aplicado a aquellos procesos de destrucción acelerada de los recursos naturales por el turismo (entre ellos el paisaje, que es a su vez un recurso turístico), el aumento excesivo del sector servicios (terciarización) y la dependencia (colonialismo exterior) de *tours-operators* extranjeros.

Como ha escrito Picornell (1986), la relación economía-sociedad-territorio-medio ambiente en este desarrollo turístico puede ser leída interpretando el paisaje. La relación turista/habitante es muy alta, especialmente en las zonas costeras. En los veranos tiene lugar un fuerte incremento de población, por la llegada de esos turistas. Esto genera problemas ambientales y territoriales, sobre todo en los ecosistemas litorales, en los recursos hidráulicos (salinización por extracción abusiva; contaminación del agua marina por vertidos sin depurar, lo que afortunadamente se ha corregido en los últimos lustros); incendios forestales; ocupación del suelo con urbanizaciones intensivas (hoteles, apartamentos, urbanizaciones) y del mar con la "plaga de los puertos deportivos"; proliferación de residuos sólidos; contaminación acústica, etc.

Numerosas playas se han visto sustituidas por auténticas murallas de cemento en primera línea; ni siquiera las pequeñas calas y las radas se han visto libres de esta transformación, pues en el mejor de los casos acogen hoy en día puertos deportivos. La urbanización de ciertos sectores (como la Albufera de Alcúdia) precisó de la desecación de zonas húmedas; la más reciente modalidad de las urbanizaciones extensivas conllevan un elevado consumo de espacio, para poco tiempo de utilización; los espacios naturales se han visto drásticamente reducidos (Picornell, 1986).

157, 158 y 159: Tres estampas relacionadas con el turismo masivo de los últimos tiempos. Arriba, puerto deportivo de Pollença; en medio, la playa de Sant Jordi ocupada por los veraneantes; debajo, efectos de degradación del suelo del pinar como resultado del pisoteo intenso de los bañistas.





160: El entorno del castillo de Bellver, en el sector occidental del puerto de Palma, es testimonio claro del intenso desarrollo urbanístico del último medio siglo. Tan sólo los pinares de las faldas del castillo parecen desafiar el frente de avance de las estructuras de hormigón.

Antes de la crisis de 1973, los planes provinciales de urbanismo contemplaban la urbanización casi integral del perímetro costero de Mallorca; sólo quedaban aparte las costas acantiladas y las áreas de ocupación militar, como la isla de Cabrera. Afortunadamente, la sensibilidad por la degradación del paisaje y de los recursos naturales ha frenado estas expectativas. Y pese a algunos intentos urbanizadores camuflados bajo supuestas modalidades de urbanismo ecológico (como la promoción frustrada de Skandiaplan, en Es Trenc, prevista para 3.000 personas), en los tiempos recientes se han acentuado los controles sobre urbanizaciones ilegales, al menos en el ámbito costero. Se han desarrollado organizaciones, como el Grup Ornitològic Balear, que mostraron su desacuerdo con este tipo de actuaciones; también técnicos diversos aconsejaron diversificar el esquema productivo de las islas.

En algún sector productivo, diferente al propio turismo, claro, se han dado efectos beneficiosos. Así, Morey (1990), percibe signos positivos en el desarrollo y la rentabilidad de los pastizales extensivos de bovino (Menorca) y en los cultivos intensivos muy tecnificados de Mallorca y Formentera. El mismo autor contrasta estos resultados con las repercusiones muy negativas de esta actividad en los pinares de Mallorca y Eivissa (formaciones litorales), en las marinas de Mallorca, Menorca y Eivissa, en los salobres y albuferas (Mallorca), en las dunas litorales (Mallorca, Eivissa), en los cultivos intensivos en regadío con bovino estabulado o no (Mallorca), en los cereales de secano con arbolado (Eivissa, Mallorca); y también, claro, en las aguas litorales de las tres grandes islas.

El desarrollo urbano en las áreas litorales ha supuesto un importante cambio respecto a épocas anteriores; hasta entonces los terrenos colindantes con el mar carecían de asentamientos urbanos y rurales. El alejamiento de las poblaciones de las áreas costeras, unido a la baja salubridad de los humedales situados en el litoral, permitió que estos terrenos, durante siglos, quedaran al margen de la parcelación y el aprovechamiento agrícola, lo que explica la existencia en el pasado de grandes predios en la proximidad del mar. Sin embargo, fueron cayendo ante la presión urbanística de los últimos decenios; como Santa Ponça que, con sus 4.376 ha era la mayor propiedad de la isla de Mallorca en el siglo XIX, entonces perteneciente al marqués de Bellpuig. Pero aún quedan algunas de estas fincas en parajes de gran belleza como en el sureste de la isla de Mallorca, en el que se encuentran grandes superficies arboladas con pinos y acebuches, como en S'Avall, S'Avallet y Es Rafal des Porcs (Gil *et al.*, 1996a) o como lo fueron las espectaculares montañas de Artà, hasta que los reiterados incendios de los últimos decenios redujeron drásticamente su cubierta arbórea.

El desarrollo del turismo, y en general, el incremento demográfico del último siglo, ha contribuido a unas mayores necesidades de ciertas infraestructuras en el archipiélago. La urbanización ha crecido de forma manifiesta, y la profusión de canteras para la obtención de cal o la fabricación de cemento es prueba innegable de ello. Es Mallorca, desde luego, la isla más afectada por este tipo de obras, que en muchos casos implican una seria alteración del territorio. Como en otros ámbitos, el desdoblamiento de las carreteras, implica siempre pugnas entre grupos conservacionistas y los que alegan unas mayores condiciones de seguridad asociadas a autovías y autopistas. Es el entorno de Palma el más afectado por las vías rápidas de gran capacidad, que conectan el aeropuerto y la ciudad con alguno de los principales centros turísticos de la isla (Palmanova, Santa Ponça, s'Arenal). El desarro-

161: Vista del aeropuerto de Eivissa y sus alrededores. Es el transporte aéreo el que ha posibilitado la masiva afluencia de turistas al archipiélago balear. Las propias instalaciones aeroportuarias, de gran extensión, han contribuido a transformar intensamente algunos ámbitos insulares.



llo de estas vías de comunicación (carreteras y ferrocarriles) ha afectado fundamentalmente a tierras agrícolas.

Los embalses se reducen a dos, ambos en el serrano término municipal de Escorca (Cúber y Gorch Blau), en Mallorca, y afectando a una superficie de 119 ha. La escasa extensión explica que en este caso la impronta de estas obras sea más paisajística que ambiental.

Más calado presentan las instalaciones aeroportuarias. Tanto Mallorca como Menorca y Eivissa cuentan con estas infraestructuras, vitales para garantizar el mantenimiento de una actividad turística rentable (fotografía 161). La superficie ocupada por estos aeropuertos no es desdeñable: el mayor de ellos son Sant Joan, ocupa unas 680 ha.

Transformaciones contemporáneas en la actividad agrícola

Hasta mediados del siglo XX la agricultura y la ganadería eran las actividades más importantes desde el punto de vista económico. En el último medio siglo esa trascendencia ha disminuido notablemente, adquiriendo un papel claramente secundario como resultado de la generalización y expansión del turismo, del que acabamos de dar cuenta. Hoy en día habría que hablar de actividades agrícolas y ganaderas marginales, pues su peso relativo en el producto interior bruto regional ha decaído notablemente. También la población activa dedicada al campo, como en el resto del territorio nacional, ha disminuido de manera clara. El espacio agrario ha entrado igualmente en regresión, generalmente a costa del desarrollo urbano, muy ligado al turismo. Muchos espacios rurales han pasado a ser utilizados "para dar respuesta a la demanda de espacios de ocio, turísticos y/o para residencias secundarias, fenómeno este último que afecta tanto a los municipios litorales como los del interior" (Salva Tomás, 1992).

Es a partir de 1950 cuando tiene lugar una clara ruptura en el ciclo tradicional de la agricultura y la ganadería. El litoral, un ámbito muy poco utilizado por los balears, se convierte ahora en referencia productiva de primer orden. El cambio productivo motiva un importante éxodo rural, que lo es también de desplazamiento desde el interior hacia la costa. Desde el mundo rural un amplio conjunto de personas se traslada al sector hotelero y a otras actividades afines al turismo. La emigración se reforzó por la falta de incentivos en el campo.

La propia actividad agraria que permanece sufre transformaciones acusadas. Con el desarrollo del turismo tiene lugar una demanda distinta de productos. Se ha asistido en los últimos tiempos al incremento de la superficie regada, sobre todo para producir hortalizas, carne y leche, dando lugar a una agricultura más variada que la tradicional. La agricultura se mecaniza intensamente (tractores, arados, equipos técnicos y de riego). Se deja paso al arrendamiento, en tanto que previamente predominaba la aparcería. El consumo de fertilizantes y abonos químicos se hace corriente.

La disminución de la población activa agraria es un dato suficientemente significativo para dar cuenta de los cambios en el sector (tabla 32). En un siglo se ha pasado de 106.000 activos a tan sólo algo más de 7.000; el cambio es, sin duda, radical. Y, como en otros ámbitos, estos datos deben complementarse con los del envejecimiento de esa población: en 1986 el 53 por ciento de los agricultores superaba los 50 años (en 1930 sólo suponían el 30,4 por ciento).

Tabla 32: Porcentaje de la población activa agraria sobre el total de población activa

Año	Número de activos agrarios	Porcentaje
1887	98.298	71,0
1900	106.107	70,5
1930 (estimación)	96.257	64,5
1940	105.425	52,4
1950	69.527	39,6
1960	63.568	32,2
1970	33.318	17,2
1975	28.108	12,8
1981	18.979	8,9
1986	16.208	7,1
1998	7.103	2,5

Fuente: Picornell & Seguí, 1989 (hasta 1986); Lucas, 2002 (1998).

El valor añadido bruto agrario suponía en 1955 el 15,2 por ciento del VAB total de las islas, en tanto que en 1997 había pasado a representar solamente un 1,6 por ciento. Por otra parte, las 49.536 explotaciones agrarias de 1972 se habían reducido a 28.801 en 1989 y a 17.362 en 1997 (Lucas, 2002); el descenso es muy acusado en la isla de Menorca, donde sólo las explotaciones de cierto tamaño han podido mantener la suficiente competitividad; muchas otras, de pequeñas dimensiones, han debido abandonar (Binimelis, 2000).

Es lógico que estas cifras se vean acompañadas por otras que manifiestan la disminución de la superficie cultivada (tabla 33). El máximo de extensión cultivada se alcanzó hacia 1970; a partir de ahí se ha producido un descenso continuado (variable según islas), que está siendo bastante acentuado en los últimos años. Esa tendencia había sido propia de las tierras de secano, en tanto que las de regadío llevaban tiempo incrementando su extensión, aunque en una proporción mucho más reducida; pero incluso en los últimos años las tierras regadas, ocupadas fundamentalmente por plantas forrajeras, asisten a una fase de descenso.

Tabla 33: Evolución de la superficie cultivada en Baleares

Año	Regadío	Secano	Total	% cultivado sobre total
1860	6.975	254.078	261.043	52,8
1960	14.175	260.364	274.521	55,5
1968	17.800	258.323	276.123	55,9
1974	18.952	255.054	274.006	55,4
1978	23.278	242.642	265.920	53,8
1982	24.251	242.566	266.817	54,0
1986	25.400	232.200	257.600	52,1
1999	20.788	172.416	193.204	39,1

Fuente: Salva Tomás, 1992 (1860 a 1986) y Govern Balear (Conselleria d'Agricultura i Pesca; datos de 1999).

La tabla 34 recoge los cambios en la distribución de cultivos entre 1960 y 1983 en cada una de las islas. En este periodo todavía se asiste a la fase expansiva del regadío, sobre todo en Menorca (plantas forrajeras para la creciente cabaña vacuna). Este incremento del regadío (a costa de cultivos herbáceos de secano) es la transformación más destacada de esta isla. En Mallorca se sigue dando la reducción de las herbáceas de secano, un aumento (ahora más leve) del almendro, en tanto que el olivo, y sobre todo la higuera, pierden mucho peso. Viñedo y algarrobo se mantienen más o menos estables. Por lo que respecta a las islas Pitiusas, lo más destacado es el incremento del regadío y la disminución de la superficie dedicada a algarrobos, higueras, olivos y viñas.

Tabla 34: Evolución de la superficie cultivada (1960-1983)

Cultivo	1960	%	1983	%
Mallorca				
Regadío	12.219	5,8	19.629	9,6
Herbáceas (secano)	74.322	35,5	64.808	31,7
Almendro (id.)	65.634	31,3	74.729	36,6
Algarrobo (id.)	14.074	6,7	13.085	6,4
Higuera (id.)	19.161	9,1	8.532	4,1
Olivo (id.)	16.559	7,9	12.169	6
Viñedo (id.)	4.285	2,0	4.399	2,2
Otros frutales (id.)	3.608	1,7	7.189	3,5
Total	209.862	58,3^a	204.360	55,7^a
Menorca				
Regadío	598	1,8	2.536	7,0
Herbáceas (secano)	32.269	94,7	32.451	89,8
Almendro (id.)	286	0,8	151	0,4
Algarrobo (id.)	68	0,2	20	0,1
Higuera (id.)	251	0,7	200	0,6
Olivo (id.)	3	0,0	0	0
Viñedo (id.)	25	0,1	0	0
Otros frutales (id.)	577	1,7	789	2,2
Total	34.077	50,0^a	36.052	51,5^a
Eivissa y Formentera				
Regadío	1.430	4,7	2.086	7,9
Herbáceas (secano)	11.702	38,2	10.160	38,6
Almendro (id.)	5.677	18,5	5.342	20,3
Algarrobo (id.)	7.995	26,1	5.890	22,4
Higuera (id.)	2.352	7,7	1.406	5,3
Olivo (id.)	1.343	4,4	1.219	4,6
Viñedo (id.)	133	0,4	115	0,4
Otros frutales (id.)	40	0,1	87	0,3
Total	30.672	48,5^a	26.305	40,8^a

a: Porcentaje de tierra cultivada respecto a la superficie insular total. Fuente: Lucas i Vidal (2002).

La tabla 35 muestra la evolución de los principales usos agrarios en los últimos años para el conjunto del archipiélago, dado que la información disponible no permite desagregar por islas. El descenso previo de los cultivos de secano se ha extendido ahora también a las tierras regadas. Siguen siendo las herbáceas las que protagonizan la mayor parte de la disminución.

162: El descenso reciente de la superficie cultivada ha afectado también a uno de los "clásicos" del paisaje contemporáneo mallorquín, el almendro. En la imagen, en primer término, almendros abandonados; al fondo, el macizo montañoso de Randa (Mallorca).



Tabla 35: Distribución de las tierras cultivadas en 1986 y 1998

1986						
	Secano		Regadío		Total	
Cultivos	Ha	%	Ha	%	Ha	%
Herbáceos	80.900	34,8	21.900	86,2	102.800	39,9
Barbecho	25.000	10,8	100	0,4	25.100	9,7
Leñosos	126.300	54,4	3.400	13,4	129.700	50,4
Total	232.200	90,1	25.400	9,9	257.600	100,0
1998						
	Secano		Regadío		Total	
Cultivos	Ha	%	Ha	%	Ha	%
Herbáceos	47.106	26,2	12.913	7,2	60.019	33,4
Barbecho	11.804	6,6	3.236	1,8	15.040	8,4
Leñosos	98.726	55,0	5.824	3,2	104.550	58,2
Total	157.636	87,8	21.973	12,2	179.609	100,0
Fuente: Salva Tomás, 1992 y Govern Balear (Conselleria d'Agricultura i Pesca).						

Mientras una parte de las tierras abandonadas se han transformado en zonas de ocio o urbanas (casi 10.000 ha entre 1969 y 1989; Picornell & Seguí, 1989), otras se ven ocupadas por la vegetación natural del entorno. Como se aprecia, el sistema agrícola tradicional basado en los cultivos de secano (predominante en el Pla mallorquín, Eivissa y Formentera), está en clara regresión. Los cereales son cada vez menos abundantes, en tanto que los cultivos leñosos arbóreos siguen una dinámica variable según las especies. En las tierras que presentan peores condiciones (por suelos o topografía, como la Sierra de Tramuntana), el abandono es casi total.

En los últimos tiempos incluso el almendro, distribuido fundamentalmente en las comarcas meridionales de Mallorca, ha dejado de aparecer en tierras que había ocupado desde el siglo XIX. Si en 1986 ocupaba unas 78.500 ha, ha descendido hasta las 61.857 ha en 1998; presenta además una producción muy fluctuante; el 75 por ciento de los árboles tiene más de 50 años, lo que unido a la falta de cuidados, la ausencia de abonado y de podas, etc., explica los bajos rendimientos (265 kgs/ha, cuando la media española ronda los 400 kgs/ha). En los años ochenta, las islas concentraban el 14,5 por ciento de los almendros de España, pero la producción sólo representaba el 9,4 por ciento (Salva Tomás, 1992). Si durante el siglo XIX el almendro se constituyó en factor fundamental del desarrollo agrícola mallorquín, su contribución a la producción final agraria de las Baleares es, ahora, de un reducido 5,3 por 100 (Lucas, 2002).

El algarrobo, con unas 18.000 ha de extensión, se ha estabilizado más o menos desde los años



163: Las tierras de regadío asistieron durante el último siglo a un fuerte desarrollo, si bien en los últimos años la tendencia se ha invertido. La fotografía muestra una instalación de riego por aspersión entre áreas boscosas en la isla de Eivissa.

ochenta; en 1998 ocupaba 14.797 ha. Se orienta en la actualidad a la producción de garrofín (semilla de la que se obtienen aglutinantes para usos diversos) y piensos; también se extraen de él jugos para confitería y alcohol. El olivo se está convirtiendo casi sólo en recuerdo de lo que fue su elevado comercial de antaño; en 1985 ocupaba 13.000 ha, habiendo pasado a 8.200 en 1998, confinadas sobre todo en la mallorquina Sierra de Tramuntana; hoy se le otorga más valor paisajístico que otra cosa, pues su recolección es casi nula (difícil acceso a las plantaciones, compleja mecanización...). En los últimos años se le presta algo más de atención ante la alarma surgida por el arranque y exportación de pies de olivo al extranjero, para ser utilizados en jardinería.

Algo similar ocurre con la higuera (9.361 ha en 1998), que ha perdido su valor tanto como alimento humano como para engorde del porcino; y también con el albaricoquero (antaño muy abundante en la comarca de Porreres, desde donde se exportaban secos). Por lo que respecta al viñedo, que a mediados del siglo XIX se extendió por toda la isla de Mallorca, en la actualidad (1998) sólo cuenta con algo más de 1.500 ha en Binissalem y en el sector comprendido entre Manacor, Felanitx y Porreres. El programa de arranque FEOGA ha sido bastante seguido por los propietarios; a fin de cuentas, se trataba de cepas en la mayoría de casos muy envejecidas.

El cultivo herbáceo en secano prosigue la marcada reducción, sobre todo en los cereales (trigo, avena y cebada), pero también en las leguminosas. Si a mediados de los años cuarenta las herbáceas de secano ocupaban unas 110.000 ha, en 1986 habían pasado a representar unas 80.000 ha (sólo 7.000 ha de leguminosas) y en torno a 47.000 en 1998 (de las que menos de 1.000 ha eran leguminosas). La orientación ahora es, además, muy diferente, pues una buena parte de estos cultivos se destina a mezclas para forrajes.

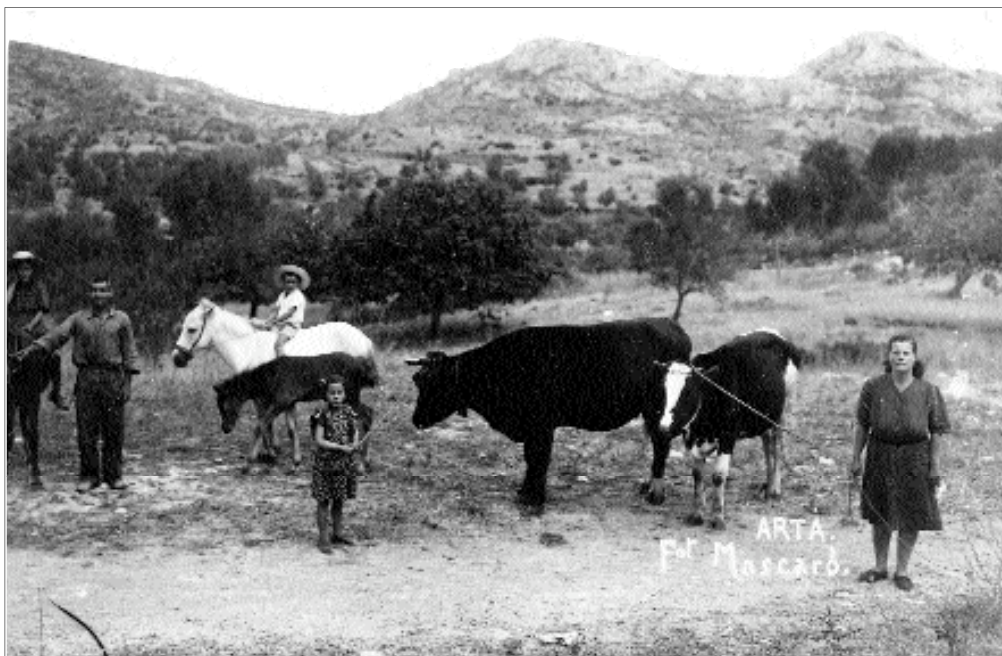
La horticultura de regadío, relativamente reciente en su manifestación actual, presentaba buenas expectativas de futuro como resultado de la demanda urbana y turística. Su principal problema tiene que ver con las posibilidades de obtención de agua, pues la competencia es ventajosa en los usos urbanos. Se localiza en tierras correspondientes a las antiguas áreas de regadío tradicional (Muro-Sa Pobra, Pla de Sant Jordi, en Mallorca) y en nuevos regadíos, que también han llegado a Eivissa y Formentera. Algunas explotaciones de regadío se han provisto de un elevado grado de tecnificación, adaptándose al máximo a las nuevas exigencias del mercado. En algunos ámbitos se han generalizado las instalaciones de aspersores y *pivots*, contribuyendo así a la creación de un nuevo paisaje rural. El riego, en otros casos, se hace en condiciones muy poco eficientes (riego a manta; aspersión poco controlada), y ha favorecido la proliferación de perforaciones sin control. Las manifestaciones más rentables de la agricultura actual se relacionan con el arraigo de una tradición que utiliza un riego ávido consumidor de un bien precioso como es el agua. El sector hortícola, que ocupa sólo un 3,3 por ciento de la superficie cultivada, alcanzó en 1998 el 27,8 por ciento de la producción total agraria.

A pesar de todo, siguen siendo las tierras de secano las predominantes en el paisaje balear. En amplios sectores de Mallorca y Eivissa se mantienen las combinaciones de cultivos leñosos (con predominio del almendro) y herbáceas (cereales y leguminosas). En Menorca es muy marcado el protagonismo de los monocultivos de herbáceas. Los barbechos, imposición del clima mediterráneo, representan en las islas anualmente algo más del 8 por ciento de la superficie cultivada total.

Como resultado de esta pérdida de importancia del sector agropecuario, muchos sectores del interior se han convertido en espacios residenciales. El territorio, no sólo el litoral, se ha transformado funcionalmente, lo que también se aprecia en el paisaje; hasta el relativo auge de la agricultura a tiempo parcial, o el "hobby-farming", se relaciona con prácticas o decisiones urbanas (Binimelis, 2000).

La ganadería

Uno de los condicionantes de la actividad ganadera balear ha sido la ausencia de pastos naturales. Eso explica la importancia que las zonas forestales han tenido en la cría de animales durante muchos siglos (la importancia de los encinares destinados casi en exclusiva a la alimentación de cerdos, por ejemplo; el favorecimiento de especies como el *càrritx*, el pastoreo con cabras y ovejas en tierras arboladas, etc.). Pese a las limitaciones, Menorca ha sabido orientar al máximo los recursos disponibles para el desarrollo pecuario; un clima más apropiado, y la generalización de cultivos como la zulla (enclova) han permitido sustentar una importante ganadería vacuna. En los últimos tiempos se ha instaurado una ganadería industrial, novedosa, basada en la estabulación permanente o semipermanente de los animales. Esto es muy claro en Mallorca, y ello ha conllevado la expansión de plantas forrajeras en regadío. Las inversiones exigidas para esta nueva orientación ganadera han sido posibles por la rentabilidad garantizada por la fuerte demanda urbana de productos derivados de la gana-



164: Ganado vacuno y equino en las proximidades de Artà (primera mitad del siglo XX). La comarca de Artà, pese a su carácter montañoso, ha mantenido uno de los mayores grados de deforestación de la isla de Mallorca; sin duda la actividad ganadera, que ha recurrido con frecuencia al fuego, contribuye a explicar esta situación (colección fotográfica Pere Mascaró; Arxiu Municipal de Palma).



165 y 166: Arriba, cabras en el interior de Mallorca. Debajo, ovejas en la Sierra de Tramuntana. La política de subvenciones de la Unión Europea ha favorecido en los últimos tiempos el aumento del número de cabezas de ovejas y cabras en las Baleares.



dería. Los problemas más importantes asociados tienen que ver con la fuerte dependencia del exterior en piensos y fertilizantes, así como la ausencia de graneros para el forraje.

En los últimos tiempos, tras el auge de las ganaderías sustentadas en el regadío durante los años sesenta y setenta, se ha entrado en una fase de crisis que ha llevado al cierre de numerosas granjas, tanto en Mallorca como en Menorca; en esta última isla se produce la pervivencia de las de mayor entidad, que han absorbido los efectos de otras granjas más modestas. La crisis ha sido clara sobre todo a partir de la entrada de España en la Unión Europea y el consiguiente establecimiento de cuotas lecheras. En el caso de las ganaderías de secano, abundantes en Menorca, mantienen la estabilidad, habiéndose relacionado con la industria agro-alimentaria basada en la producción de leche para la fabricación de quesos artesanales o industriales y mantequilla.

La evolución de los efectivos ganaderos durante el último medio siglo aparece recogida en la tabla 36.

Tabla 36: Evolución de la ganadería en Baleares (en número de cabezas)					
Tipo de ganado	1962	1972	1978	1984	2000
Ovino	228.781	211.299	285.751	330.396	329.587
Porcino	159.672	94.654	102.231	199.607	99.881
Bovino	47.491	63.430	69.854	66.974	42.618
Caprino	20.560	10.026	11.406	13.450	19.272
Caballar	9.058	6.043	5.556	4.759	Sin datos
Mular	17.147	8.087	5.097	3.347	Sin datos
Asnal	6.034	2.751	2.173	2.092	Sin datos

Fuente: Picornell & Seguí, 1989 (hasta 1984); Lucas 2002 (año 2000).

Desde el último cuarto del siglo XIX el incremento de la cabaña ganadera balear fue realmente elevado. Compárense sino los datos de 1962 con los de la ganadería existente en 1879 (tabla 18), que muestran una subida muy fuerte prácticamente en todos los tipos de ganado.

El ganado ovino, concentrado en zonas de montaña de Mallorca (Bunyola,, Escorca, Artà), Eivissa y Formentera, y el porcino (fundamentalmente mallorquín), se convirtieron en el siglo XX en mayoritarios, y siguen manteniendo esa posición a comienzos del XXI. En los últimos años se ha producido un ascenso sobre todo en el ovino y caprino, muy relacionado con las subvenciones de la Política Agraria Comunitaria. Este último se localiza fundamentalmente en Eivissa, Formentera y la Tramuntana mallorquina. El bovino sigue una tónica descendente desde finales de los setenta; es el predominante en alguna comarca mallorquina y en Menorca, donde juega un papel fundamental en las industrias lechera y quesera. Otra tendencia destacada de esta segunda mitad del siglo es la fuerte disminución del equino, especialmente en lo referido a los mulos y asnos. En la primera, en cambio, se incrementaron notablemente tanto caballos como yeguas y mulos.

Pese a la estabulación de una gran cantidad de cabezas, todavía es visible el papel del ganado en el

167: Imagen aérea de Barbaria (Formentera); allí existió un extenso bosque que asistió a sus últimos días en los primeros decenios del siglo XX, como resultado de una actividad excesiva por parte de los carboneros que lo utilizaban (Conselleria de Medi Ambient).



medio rural. En Menorca (Pons & Florit, 1989), por ejemplo, sigue predominando el pastoreo directo en el monte, aunque se viene incrementando la siega en los últimos lustros. También el ganado ovino y el caprino se relaciona muy directamente con rastrojeras, eriales y espacios forestales, siendo considerado por algunos autores como parte de la cadena trófica de la fauna silvestre. Esta realidad explica la relación del ganado con prácticas que provocan daños al arbolado; las quemadas de pastizales, el pastoreo no controlado, todavía son responsables de daños en la vegetación natural de las islas, sobre todo en algunas comarcas.

Cambios en el aprovechamiento de los bosques

Durante el siglo XX la utilización de productos forestales pasó de ser muy diversificada a concentrarse casi en exclusiva, especialmente a partir de los años sesenta, en la demanda de madera (Brunet, 1992), aunque se mantiene la utilización del suelo para el pastoreo, la caza y otros disfrutes de menor entidad.

El panorama de los últimos años, desde luego, se asemeja muy poco a la intensa explotación de recursos que se vivió hasta aproximadamente los cincuenta. Incluso el primer proceso industrializador balear (a partir del último tercio del XIX) se relaciona íntimamente con algunos recursos del bosque: el calzado, el curtido de pieles, las ferrerías, la fabricación de jabón, la construcción naval, etc., fueron sectores que exigieron durante varios decenios la utilización, a veces muy intensa, de diferentes plantas de los bosques. Hoy en día los sustitutos energéticos o la generalización de otras materias primas han conducido a la disminución de la demanda de cortezas de árboles, de madera para naves, de leña y carbón vegetal, de tal modo que los ritmos de acumulación de biomasa han asistido a un profundo cambio.

Esta simplificación de la obtención de recursos forestales presenta elementos favorables y otros perjudiciales. Entre los primeros, es claro que algunas especies han dejado de sufrir intervenciones que las perjudicaban. Es el caso de la obtención de la corteza de los árboles, hojas y tallos del mirto, de gran utilidad tradicionalmente por su alta concentración en tanino; se empleaban frecuentemente en el tinte de las pieles y en el fijado de colorantes. Este tipo de aprovechamiento ocasionaba fuertes daños al árbol, pues, generalmente, no se limitaba a ejemplares ya talados, sino que se obtenían también de árboles vivos. También las cortezas de pinos y encinas se utilizaban para los curtidos y en otras tareas.

El carboneo es otra práctica habitual e intensa que toca a su fin. Todavía durante los años cuarenta mantenía cierta importancia; así, en 1947 la producción anual en Mallorca de carbón de encina era de unas 1.500 toneladas, que se vendían a 0,79 ptas./kg., mientras que la producción de carbón de pino era tres veces mayor, 4.500 toneladas, con un precio de venta de 0,61 ptas./kg. (Ximénez de Embún, 1947). Pero durante los últimos cincuenta años la fabricación de carbón vegetal se ha ido convirtiendo en algo meramente testimonial, hasta haberse producido su desaparición absoluta. Ello contribuye a que la dinámica de crecimiento de pinares y encinares, fundamentalmente, se haya alterado de manera sustancial, lo que exige en consecuencia nuevos planteamientos en la gestión de estas masas.

A mediados del siglo ciertas actividades, como la elaboración del palmito, aún representaban casi la única ocupación de muchas familias mallorquinas. Si antaño el *garballó* se utilizaba sobre todo “para hacer cuerdas con que atar las gavillas de la mies, para ligar los injertos ya para la confección de otros objetos, como espuelas, sombreros, albardas, etcétera” (Palmer, 1958), el desarrollo del turismo conllevó la expansión de su uso, con fines meramente suntuarios. Antes de la guerra civil la producción de palma obrada era insignificante; tras el conflicto bélico se inició una cierta industria destinada a la elaboración de bolsos, sombreros, cestas, carteras, etc.

Los núcleos de esta industria se localizaban en las zonas montañosas, en lugares donde la materia prima presentaba mayores extensiones; destacaban en Mallorca Andraitx, Pollença, Artà y Capdepera. Según Palmer (1958), existían unas 8.500 personas dedicadas al palmito en 1955. En los dos últimos lugares mencionados esta actividad aglutinaba a la mayor parte de la población, por lo que era preciso traer mano de obra de fuera para recolectar la almendra y la aceituna.

La recolección del palmito se hacía en verano, y para ello a menudo los hombres pasaban una semana entera en el monte. El tratamiento que recibía era, en primer lugar, el azufrado (se sometían las palmas a los efectos del gas sulfuroso quemando azufre en un hogar sobre una parrilla donde extendían las palmas); luego era teñido y trenzado por parte de mujeres. En los instrumentos confeccionados era

168 y 169: En la fotografía superior, madera apilada, procedente de las cortas efectuadas tras el temporal de otoño de 2001, causante del derribo de una gran cantidad de árboles. Una gran parte de las cortas de madera en los bosques de las islas se relacionan en los últimos tiempos con operaciones de saneamiento y mejora de los montes. Debajo, leña lista para su utilización en un horno de cerámica.



habitual mezclar el palmito con otros materiales (rafia, cuero, esparto, cáñamo, madera, hilo, cuerda, metal, tela o plástico). Los resultados eran muy diversos: espuelas, capazos, cestas, escobas, desho-llinadores, jardineras, cunas, maletas, tapaderas, esteras, sombreros, fundas, asientos de sillas, carte- ras, mamparos, bolsos, cuerdas, sombreros para caballerías, juguetes, etc. (Palmer, 1958).

Del palmito también se aprovechaba el fruto, unos pequeños dátiles (*pa de llop*) de sabor algo dulce, que se ofrecían a cerdos y cabras cuando maduraba. El tallo, también comestible, era consumido por los campesinos en las zonas de hábitat del palmito. Hacia 1955 se recogían en Mallorca unas 400 toneladas anuales de palma; ya entonces se importaban bastantes cantidades desde Almería, Sevilla y Cádiz. La mayor parte de los productos elaborados se vendía en las islas, a los turistas. Desde Palma se exportaba a Barcelona, Valencia, Madrid y Bilbao; desde Bilbao, a Estados Unidos, Alemania, Suecia, Francia, etc.

En las islas Pitiusas, el antaño floreciente comercio de productos forestales toca a su fin. En Formentera los aprovechamientos forestales tenían a mediados de siglo una función fundamental de autoabastecimiento; sólo circunstancialmente eran objeto de comercio (Vilà, 1950). Todavía en esos años el producto más importante del bosque era la leña, utilizada para hornos de pan y para el hogar; también se elaboraba carbón vegetal, entre agosto y septiembre, fundamentalmente en los bosques de la ladera oeste de La Mola, donde los pinos presentaban una mayor densidad. Y también se utili- zaba la corteza del pino para teñir las redes de pesca después de molerla y hervirla en agua. La



170: Vista del monte "La Victoria" (Alcúdia), el primero de titularidad municipal que figura en el Catálogo de Utilidad Pública, y el de mayor extensión de todos los catalogados hasta la fecha en las islas Baleares.

madera propia sólo se usaba para corrales o edificaciones secundarias, siendo preciso importar la destinada a funciones más destacadas.

La actividad cinegética ha recibido un impulso más que notable en la isla en los últimos tiempos. Si la caza siempre se mantuvo como un ejercicio habitual en la isla (por parte tanto de campesinos como de personas de alta extracción social) la regulación de las vedas y cotos y la popularización de esta práctica han supuesto un cambio profundo. Los cotos de caza han pasado de 1.018 en 1976 a 1.738 en 2000; si los primeros totalizaban 203.995 ha, en 2000 su superficie ha alcanzado las 359.610 ha (en torno a un 70 por ciento de la superficie total de las islas). Esto explica también que sea en la actualidad la caza la producción forestal más importante del archipiélago desde el punto de vista económico: en 1993 representó más de 643 millones de pesetas (en torno al 90 por ciento de la producción total forestal; Lucas, 2002).

Pero incluso los aprovechamientos maderables han entrado en una tendencia decreciente en los últimos lustros. Para Menorca lo afirma Gabriel (1989): de 45.000 pies de pino talados en 1979 se pasó a menos de 15.000 en 1988. La madera de pino sigue siendo utilizada, en usos diversos: embalajes, *palets*, para fabricación de muebles, etc. En 1975 estos aprovechamientos se valoraron en algo más de 9 millones de pesetas; en 1993, alcanzaron los 31,1 millones de pesetas. Si en 1984-1986 el volumen de madera extraído superó los 20.000 m³, en 1999 rebasaron ligeramente los 8.500 (Lucas, 2002).

Por lo que respecta a la encina, en los últimos tiempos se ha mantenido su demanda como resultado de la utilización de leña en barbacoas, estufas y chimeneas. En todo caso, las últimas cifras manifiestan un descenso del volumen obtenido: de entre 3.000 y 5.000 m³ anuales en el periodo 1984-1987, a 1.500 m³ en 1992 y a 776 m³ en 1996 (Lucas, 2002). El acebuche se utiliza todavía como leña y en ciertas aplicaciones agrícolas, pero en una proporción nimia si se compara con el empleo de que era objeto antaño. Otro aprovechamiento que cobra relevancia económica es el de los hongos, que representaron en 1993 22,5 millones de pesetas (Lucas, 2002).

La intervención de los técnicos forestales y la protección de la riqueza forestal

El Real decreto de 20 de septiembre de 1896 alteró la estructura de la propiedad forestal pública en Baleares. En el mencionado real decreto se creaba la figura de montes de utilidad pública, considerándose como tales "las masas de arbolado y terrenos forestales que por sus condiciones de situación de suelo y de área sea necesario mantener poblado o repoblar de vegetación arbórea forestal para garantizar, por su influencia física en el país o en las comarcas naturales donde tenga su asiento, la salubridad pública, el mejor régimen de las aguas, la seguridad de los terrenos o la fertilidad de las tierras, revisándose con sujeción a este criterio el actual Catálogo de los montes exceptuados por su especie y cabida". Su aplicación obligó a la elaboración, en efecto, de un nuevo catálogo en el conjunto del Estado: el conocido como *Catálogo de Montes de Utilidad Pública*, que se publicó en 1901. Su resultado en Baleares fue muy simple: ningún monte se incluyó en esta nueva relación.

Tabla 37: Montes incluidos en la Relación de 1897

Nombre del monte	Término municipal	Extensión (ha)
San Martín	Alcúdia	245
La Victoria	Alcúdia	1.010
Santuiri	Pollença	44
La Bassa	Fornalutx	208
Comuna de Biniamar	Selva	132
Comuna de Caimari	Selva	863
Comuna de Buñola	Bunyola	722
Comuna de Llorito	Sineu	131

Fuente: Gaceta de Madrid. 11 de septiembre de 1897.

Tabla 38: Montes de utilidad pública a mediados del siglo XX

Número U.P.	Nombre del monte	Término municipal	Propietario	Extensión (ha)
1	Binifaldó	Escorca	Estado	388
2	Manut	Escorca	Estado	359
3	La Victoria	Alcúdia	Ayuntamiento	1.010
4	Comuna de Llorito	Lloret de Vistalegre	Ayuntamiento	131
5	Comuna de Buñola	Bunyola	Ayuntamiento	716
6	La Bassa	Fornalutx	Ayuntamiento	208
7	Comuna de San Martín	Muro	Ayuntamiento	109
8	Comuna de Caimari	Selva	Ayuntamiento	753
9	Comuna de Biniamar	Selva	Ayuntamiento	131
10	San Martín	Alcúdia	Ayuntamiento	243

Fuente: Fondo Documental del Monte (Dirección General para la Conservación de la Naturaleza).

Simultáneamente (1897) se publicó lo que podría ser considerado como el reverso de ese catálogo, la *Relación de montes y demás terrenos de dominio público que no revisten carácter de interés general*, integrada por montes enajenables, además de otros exceptuados por haber recibido la declaración oficial de “monte de aprovechamiento común” o “dehesa boyal” (Gaceta de Madrid, 11 de septiembre de 1897).

En esa Relación se incluían, en Baleares, los ocho montes que figuran en la tabla 367, que sumaban 3.355 ha (con una media superficial de 419 ha). Consta que alguno de ellos fue exceptuado por haber sido declarado “monte de aprovechamiento común” (La Bassa, en 1887), pero otros quedaban expuestos a la privatización, toda vez que el finiquito legal del proceso desamortizador no se produjo sino en 1924.

Este panorama se alteró como resultado de los trabajos de los técnicos del Distrito de Barcelona (a cargo del cual estuvieron las islas durante los comienzos del siglo XX). Durante el primer tercio del siglo se fueron incorporando algunos montes al Catálogo de Utilidad Pública. Los primeros montes en pasar a la categoría de utilidad pública fueron dos predios de los que se había incautado el Estado en 1897 (sin que sepamos la causa): se trata de los montes Binifaldó y Manut, ambos situados en Escorca. Ese mismo año cuatro montes de titularidad municipal pasaron al Catálogo (montes número 3 a 6). Tras la guerra civil, en 1942, otros cuatro se incluyeron en esta relación (números 7 a 10; tabla 38).

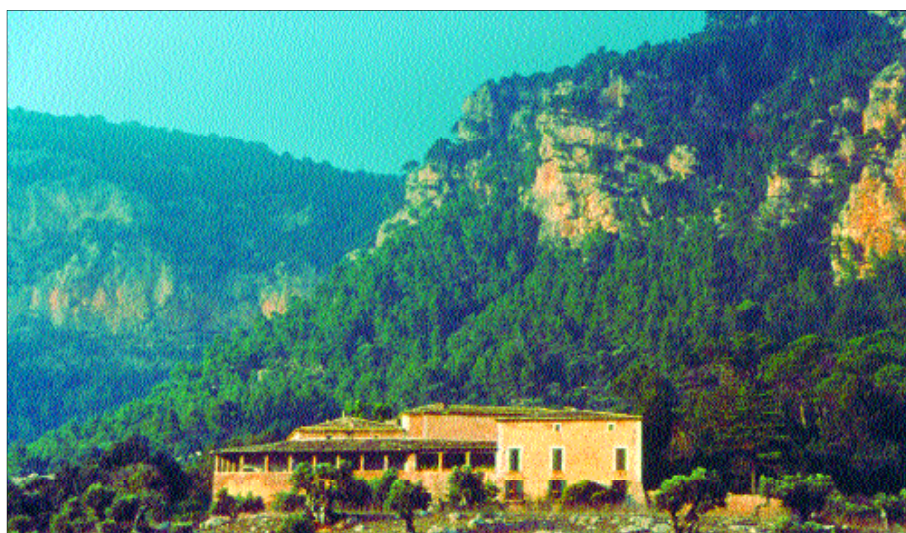
La catalogación de montes se ha seguido produciendo en los últimos decenios. Tal labor se ha acometido en este caso después de haber adquirido la administración una serie de montes de titularidad privada. Algunas compras fueron realizadas por el ICONA (números 11, 14 y 15) y otras, sobre todo tras la transferencia de las competencias en materia forestal y ambiental a la administración autonómica, por parte del Consell Insular de Mallorca (números 12, 13, 17 y 18). Los ocho montes incluidos en el Catálogo durante los años ochenta figuran en la tabla 389.

Han sido muchos los autores, a partir de los años setenta, que han señalado la importancia de disponer de un patrimonio público que sirviera para garantizar la conservación de ciertos hábitats o paisajes de alto valor, tanto natural como paisajístico. Un informe del ICONA de 1976 “sobre la problemática forestal de Baleares” resaltaba la ausencia de superficies públicas como factor que dificulta-

Tabla 39: Montes incorporados al Catálogo de Utilidad Pública durante los años ochenta

Número U.P.	Nombre	Municipio	Propietario	Sup. (ha)	Año incorporación al Catálogo
11	Son Moragues	Valldemossa	Estado	580	1981
12	La Mola-Son Massip	Escorca	Consell Insular	259	1981
13	Son Fortuny	Estellencs	Consell Insular	283	1983
14	Mortitx	Escorca	Estado	800	1983
15	Mina Gran	Escorca- Pollença	Estado	536	1984
16	Puig de Santuiri	Pollença	Ayuntamiento	41	1985
17	Puig de Sta. Magdalena	Inca	Consell Insular	18	1987
18	Tossals Verds	Escorca	Consell Insular	578	1987

Fuente: Fondo Documental del Monte (Dirección General para la Conservación de la Naturaleza).



171: Vista del monte "Son Moragues" (Valldemossa) adquirida por el ICONA en 1981 e incorporada al Catálogo de Montes de Utilidad Pública en 1981. Esta finca fue comprada un siglo antes por el archiduque Luis Salvador.

ba la labor de este organismo en fines sociales, culturales y científicos. Se afirmaba entonces que la necesidad más acuciante era incrementar la superficie pública para atender la demanda de espacios naturales protegidos; la creación de estos espacios se relacionaba también con el turismo, pues podían ser de gran utilidad para un plan recreativo-turístico y de conservación de la naturaleza (Fondo Documental del Monte; DGCONA). Otros autores (Pol & Rayó, 1986) se lamentan de la escasa cuantía de terrenos públicos llegados a nuestros días, pues es un patrimonio que facilita la declaración de espacios protegidos. En una reunión de expertos sobre el bosque mediterráneo, celebrada en 1987, se consideraba importante la adquisición de fincas y su catalogación como medio para favorecer la conservación y gestión de ciertos espacios forestales. Las compras recientes, y la protección mayor que implica la figura de utilidad pública, son circunstancias que sin duda han permitido llevar a la práctica estos planteamientos.

En los últimos años la compra de fincas ha proseguido. Algunas lo han sido con intervención del Estado central, como las 400 ha de la Albufera de Alcúdia, adquiridas por el ICONA, que se sumaron a las 850 que compró el gobierno balear en 1985 para dar lugar al primer Parque Natural de Baleares; en otras la intervención ha sido exclusiva de la Comunidad Autónoma. Incluso los fondos obtenidos con la controvertida ecotasa han posibilitado la compra reciente de dos nuevas propiedades. Con las adquisiciones de estos últimos años se han extendido a Menorca y a las Pitiusas las fincas públicas, pues hasta hace muy poco se circunscribían a la isla de Mallorca. Según Lucas (2002), los predios de titularidad pública suman en la actualidad aproximadamente 13.000 ha.

Desde una perspectiva forestal, una de las mejoras que se ha planteado habitualmente ha sido la repoblación forestal. Pero la ausencia de un patrimonio público de mínima extensión explica que las actuaciones en tal sentido hayan sido, al menos durante la primera mitad del siglo, testimoniales. Recuérdese que los primeros montes catalogados no llegan hasta 1927. En el ámbito estatal, el máximo en intensidad de repoblación forestal se produce durante el franquismo. Pero no parece que Baleares entre en la dinámica de intervención que encontramos en otras zonas del

Tabla 40: Montes ordenados

Nº U.P.	Nombre	Municipio	Propiedad	Fecha ordenación
3	La Victoria	Alcúdia	Ayuntamiento	1981 (primera revisión ordenación)
4	Comuna de Llorito	Lloret de Vistalegre	Ayuntamiento	1964 (ordenación)
5	Comuna de Bunyola	Bunyola	Ayuntamiento	1946 (ordenación)
6	La Bassa	Fornalutx	Ayuntamiento	1952 (ordenación provisional)
7	Comuna de San Martín	Muro	Ayuntamiento	1964 (ordenación)
10	San Martín	Alcúdia	Ayuntamiento	1952 (ordenación provisional)

Fuente: Fondo Documental del Monte (Dirección General de Conservación de la Naturaleza).

Tabla 41: Espacios Naturales Protegidos (1998)

Nombre	Figura de protección	Extensión (ha)	Año de declaración
S'Albufera de Mallorca	Parque Natural	1.709	1988
Archipiélago de Cabrera	Parque Nacional	10.539 ^a	1991
Mondragó	Parque Natural	785	1992
Sa Dragonera	Parque Natural	301	1995
S'Albufera des Grau, l'illa d'en Colom i Cap de Favaritx	Parque Natural	1.947	1995
Les Salines de Eivissa, les Illes des Freus i Salines de Formentera	Reserva Natural	2.320	1995

a: De las cuales, 8.703 ha corresponden a la parte marítima y 1.836 ha a la terrestre.

Fuente: Catálogo Nacional de Espacios Naturales Protegidos (Ministerio de Medio Ambiente, 1998).

Estado. Según la información proporcionada por el Primer Inventario Forestal Nacional, durante los años cincuenta y sesenta no se efectuaron trabajos de repoblación en las islas. Sí constan algunas labores de este tipo entre 1973 y 1987, aunque las cifras resultantes dan cuenta de su modestia: 1.187 ha, la mayor parte efectuada por los organismos forestales, y en algún caso en relación con los consorcios establecidos entre el Patrimonio Forestal del Estado (luego ICONA) y algunos ayuntamientos propietarios de montes de utilidad pública, como el monte La Victoria, en Alcúdia, consorciado en 1942. También algunos montes particulares fueron objeto de consorcio; totalizaban 539 ha a mediados de los años setenta, cuando otras 1.048 ha estaban en trámites para este tipo de contrato.

Otra de las actuaciones forestales clásicas que persiguen la mejora del estado de las masas forestales es la elaboración de proyectos dasocráticos. Los primeros montes ordenados en las islas se incluyen en la tabla 40.

Durante los años sesenta y setenta, sobre todo, se acometieron algunas de las preceptivas revisiones de estos proyectos de ordenación. Tanto unos como otros ofrecen información de interés sobre la gestión llevada a cabo. Así, en el monte La Bassa, poblado sobre todo de pino y encina, el aprovechamiento principal, como en muchos otros, era el pastoreo. Para ello se aprovechaba la bellota de la encina, en unas 10 ha. En los años previos a la elaboración del proyecto los servicios forestales solían acometer el injertado de acebuches, aunque todavía no suministraban fruto. En el proyecto de ordenación, sin embargo, se proponía el arranque de estos árboles, por considerar que la altitud no era apropiada, de tal modo que cada año se planteaba la venta de un cierto número entre los labradores, para que fueran usados como patrones para injerto en otros lugares. El monte suministraba algo de caza, básicamente conejos y perdices. El escaso valor del abundante matorral explica que su disfrute se cediera gratuitamente, previo señalamiento, a los vecinos de Fornalutx; este aprovechamiento se consideraba una importante mejora para el desarrollo del pino.

La ordenación buscaba, como es habitual, conciliar cualquier tipo de práctica con la mejor situación del arbolado de la masa. Se trataba de regularizar el capital vuelo y de favorecer una mayor espesura de la cubierta arbórea, lo que se entendía como mejoras tanto desde el punto de vista económico como ambiental (mejor protección frente a la erosión). Así, el aprovechamiento ganadero se contemplaba siempre que se garantizara su compatibilidad con la regeneración natural del arbolado, para lo que se establecían zonas y periodos de acotamiento; se planteaban también actuaciones de mejora y conservación de los pastos (rozas del matorral y del càrritx reviejo).

Estos proyectos pueden considerarse precedentes de los documentos de gestión que actualmente (tras la transferencia de competencias en materia forestal y ambiental al Govern Balear en 1983) se elaboran en la Conselleria de Medi Ambient para cada uno de los predios públicos a cargo de la administración autonómica. Sin duda el enfoque ha cambiado, pues el interés por la mejora productiva de estos montes ha pasado claramente a un segundo plano.

La última etapa en busca de una mejor conservación del patrimonio forestal y natural tiene que ver con la declaración de espacios protegidos. Pese a algunos intentos frustrados (como el de la creación de un parque natural en la Sierra de Tramuntana mallorquina, que ya fue propuesta por el ICONA en 1979; Morey, 1986), en la actualidad (tabla 401) se hayan afectadas por alguna figura de protección 8.898 ha del territorio insular (a las que habría que añadir 8.703 ha correspondientes a la parte marítima del Parque Nacional del Archipiélago de Cabrera).

La evolución reciente del paisaje forestal

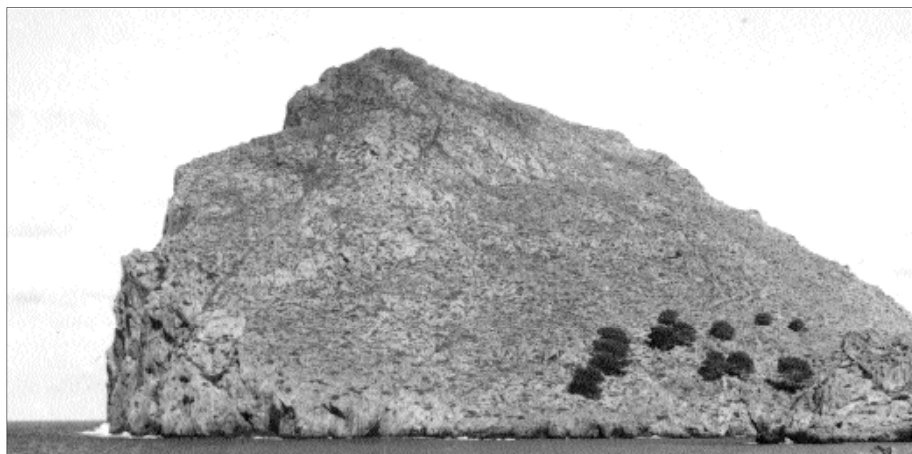
Muchas de las masas forestales que pervivieron hasta comienzos del siglo XX coinciden con las áreas donde la explotación y la extracción de los recursos se hacía más difícil, por concurrir allí serias dificultades topográficas que dificultaban el transporte hasta los grandes centros de consumo. Son zonas, también, donde el cultivo no pudo llegar, montes con algún mecanismo de protección y montes privados con una gestión mínimamente racionalizada. Eso explica que el espacio forestal mallorquín se haya definido como fragmentado y serrano (Brunet, 1992). Pero también es un tipo de uso del suelo en expansión, como resultado de la regeneración natural que acompaña a la reducción de la superficie cultivada y a la no utilización de muy diferentes recursos forestales durante los últimos decenios.

A menudo se ha insistido en los costes culturales y naturales del abandono de la agricultura en determinados ámbitos, como pueden ser los terrenos de montaña de Mallorca y Menorca (Morey, 1986; Pons & Florit, 1989). Ciertamente es que en áreas en las que la puesta en cultivo exigía una gran cantidad de infraestructuras, como los *margals* o *costers*, el abandono reciente se acompaña de procesos erosivos, además de la pérdida de elementos tradicionales (*parets*, *encadenats*, acequias...). En este sentido, Morey (1986) opina que el último siglo ha dado al traste con prácticas tradicionales (propias de una suerte de "clímax humano", concepto del que disintimos rotundamente) que garantizaban una relación basada en el equilibrio con los recursos naturales, como sería el caso de los cultivos en terrazas de olivos en el ámbito serrano (consideradas de alto valor paisajístico y carentes de erosión alguna). En nuestra opinión, este planteamiento olvida otra suerte de intervenciones (algunas recurrentemente expuestas por historiadores diversos) que difícilmente permiten hablar de equilibrio, entre otras cosas porque, como hemos tenido ocasión de ver a lo largo de estas páginas, desde varios siglos atrás el proceso de ocupación humana de las islas se había basado en la progresiva (por tanto, en absoluto estática) eliminación y destrucción de las áreas boscosas de las islas. También están constatados los problemas (en ocasiones muy serios) de erosión, relacionados sin duda con estas prácticas deforestadoras intensas.

Pero independientemente de lo anterior, parece justo resaltar algunas de las "externalidades positivas" del abandono de la actividad agropecuaria "tradicional". Entre 1960 y 2000 se han dejado de cultivar en Baleares unas 80.000 ha. Este hecho, y la menor utilización de los recursos forestales, ha permitido en numerosos casos la regeneración natural del arbolado silvestre. En todo caso persiste la amenaza del ganado cimarrón, al que se le ha llegado a dar la categoría de pieza de caza. También algunas intervenciones urbanísticas, y los incendios forestales, han servido para frenar parte del avance de la vegetación (Brunet, 1999).

La regeneración del bosque ha sido posible, en parte, por la "obligada autosuficiencia del mundo rural insular" (nunca absoluta, en todo caso), que contribuyó en tiempos a mantener en una parte de los predios tierras de bosque, conformando un rico mosaico de paisajes y usos. Hasta la llegada del butano, el arbolado era necesario para la obtención de la leña requerida para cocinar y calentarse, pero también era indispensable para el sesteo del ganado durante el estío. En el caso de las encinas, proporcionaban además un valioso fruto (que permitiría apoyar la hipótesis de la permanencia de la encina en Eivissa), pues el aprovechamiento pecuario permitía completar la dieta del *payés*. La presencia de árboles forestales en las márgenes o en la proximidad de los terrenos agrícolas abandonados, permitió generar unos propágulos (más abundantes en las especies colonizadoras) capaces de invadirlos con rapidez y aumentar así la superficie arbolada y de matorral. Según Brunet (1999), ya entre 1860 y 1960 se había producido un incremento de la superficie arbolada: entre ambas fechas la extensión de encinar se habría duplicado, mientras que el pinar triplicaba la superficie de cien años antes.

172-175: Cuatro instantáneas que atestiguan el avance de la vegetación en los últimos decenios. Las dos de la derecha (fotografías 172 y 173) corresponden al "Morro de sa Vaca", en las proximidades de sa Calobra (Mallorca).



En la tabla 42 se ofrecen los resultados de la comparación entre los tres inventarios forestales efectuados hasta la fecha, referidos a los principales usos del suelo en Baleares. La primera observación es una llamada a la precaución, pues entre el primer y el segundo inventario se produjeron variaciones en la metodología, en la presentación de los datos y en las categorías de uso manejadas (Villanueva, 1997). Así, la categoría de "monte arbolado" varió entre el primer y el segundo inventarios, siendo más "generosa" para la condición boscosa la definición utilizada a partir del Segundo IFN. Si esto invalida una comparación estricta de superficies, al tiempo está evidenciando el gran cambio que se ha producido en los últimos años, pues el incremento de la extensión arbolada es realmente destacado (un 40 por ciento entre 1987 y 1999).

Tabla 42: Evolución de los principales usos del suelo (1971-1999)

	1IFN (1971)	%	2IFN (1987)	%	3IFN (1999)	%
Monte arbolado	107.371	21,4	122.475	24,5	186.377	37,3
Monte desarbolado	69.219	13,8	81.427	16,3	37.223	7,5
Uso agrícola	284.698	56,8	262.533	52,6	249.859	50,1
Improductivo	39.308	7,8	32.188	6,5	21.693	4,3
Humedales y aguas	804	0,2	545	0,1	4.016	0,8
Total	501.400	100,0	499.168	100,0	499.168	100,0

Fuente: Inventario Forestal Nacional., Segundo Inventario Forestal Nacional y Tercer Inventario Forestal Nacional

En la categoría de monte de arbolado del Tercer Inventario Forestal se incluyen 11.402 ha que corresponden a "monte arbolado ralo", y otras 4.008 ha de "monte arbolado disperso". Los aproximadamente treinta años comprendidos entre el primer y el tercer inventarios han servido para que el panorama de estos usos se haya modificado sustancialmente. Por lo que respecta a la categoría "humedales y aguas", una parte del incremento se debe a la inclusión en el tercer inventario de extensiones incluidas previamente en el epígrafe "improductivo". Al descenso de la superficie considerada improductiva contribuyen también diferencias en el tratamiento metodológico de las man-



A la izquierda (fotografías 174 y 175), otras dos imágenes de la propia cala de sa Calobra. En ambas comparaciones el avance del pinar es notorio. Entre la imagen más antigua y la actual ha transcurrido menos de medio siglo (172 y 174: Archivo fotográfico Andreu Muntaner Darder).



chas de uso consideradas; la realidad oculta en esa categoría es que la parte correspondiente al improductivo artificial (fundamentalmente espacios urbanizados) se ha incrementado notablemente en el lapso temporal transcurrido entre los dos inventarios extremos.

Pero lo más importante es resaltar cómo la disminución de la superficie cultivada ha engrosado, al menos parcialmente, la categoría “monte arbolado”; y también el descenso del “monte desarbolado”, diferencias metodológicas aparte, se compensa con el incremento que ha afectado a la extensión de monte arbolado. En conclusión, la superficie forestal balear (“monte arbolado” y “monte desarbolado”) habría pasado de suponer un 35,2 por ciento de la extensión del archipiélago a un 44,8 por ciento, pero con un protagonismo mucho mayor de la superficie forestal arbolada.

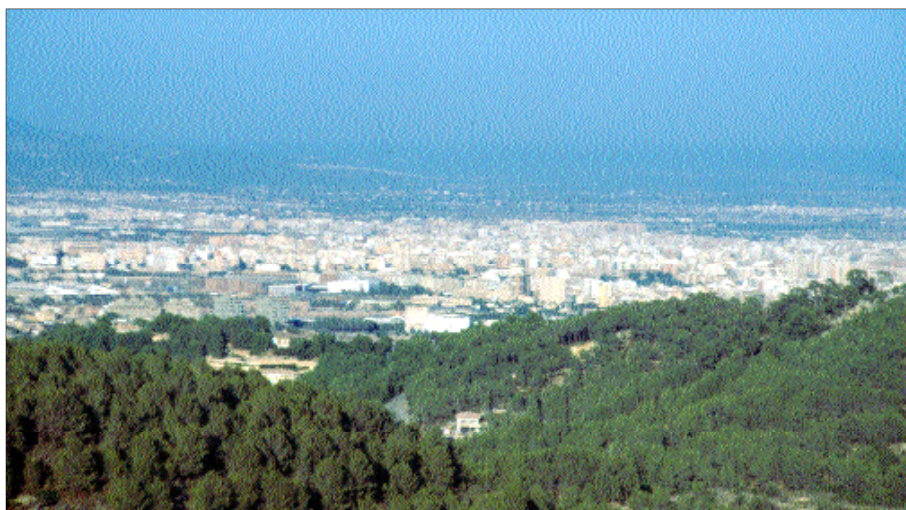
Pese a esta expansión reciente del arbolado, y teniendo en cuenta que salvo los terrenos improductivos de origen natural, la práctica totalidad del territorio balear podría sustentar masas arboladas, el bosque (incluyendo predios con pies arbóreos dispersos) no llega a alcanzar el 40 por ciento del total del archipiélago. El espacio agrícola, que corresponde a los terrenos ganados al bosque a lo largo de la his-

Tabla 43: Evolución de la superficie forestal por especies (monte arbolado)

Especie	1 IFN (1971)		2 IFN (1987)		3 IFN (1999)	
	Superficie (ha)	%	Superficie (ha)	%	Superficie (ha)	%
Pinus halepensis	54.705	51,0	85.053	69,5	115.267	61,9
Quercus ilex	16.150	15,0	10.092	8,2	26.549	14,2
Olea europaea	9.899	9,2	5.301	4,3	36.502	19,6
Mezclas, otras coníferas y otras frondosas	26.617	24,8	22.029	18,0	8.059	4,3
Total	107.371	100,0	122.475	100,0	186.377	100,0

Fuente: Inventario Forestal Nacional, Segundo Inventario Forestal Nacional y Tercer Inventario Forestal Nacional

176-178: Arriba, masas arboladas en la Serra de Llevant (Mallorca). En el centro, almendros de secano en Lloseta (Mallorca); debajo, vista del área metropolitana de Palma en un día de calima. Arbolado y espacio urbanizado son dos de los usos en fase expansiva en los últimos decenios; por el contrario, el espacio cultivado asiste a una disminución progresiva paralela.



toria, sigue siendo todavía dominante en el paisaje balear. Estas cifras muestran por sí solas que el impacto de la agricultura en el paisaje alcanza a más de la mitad del territorio. Otras actividades humanas más recientes (terrenos urbanizados, infraestructuras civiles, embalses...) se suman a la extensión agrícola para dar cuenta del grado de transformación que se ha alcanzado en el territorio balear.

Los trabajos del Inventario Forestal Nacional ofrecen también una visión de la evolución reciente de las principales especies que componen las masas arbóreas. En la tabla 43 se incluyen los datos de extensión superficial de las principales especies forestales del archipiélago balear.



179: Pese a su descenso reciente, todavía las tierras de labor ocupan un papel destacado en el paisaje balear; el arbolado, a veces, sólo queda como mudo testigo de una transformación sumamente intensa. Tierras de cultivo en Campos (Mallorca).

Incendios forestales en Baleares (1968-2001)

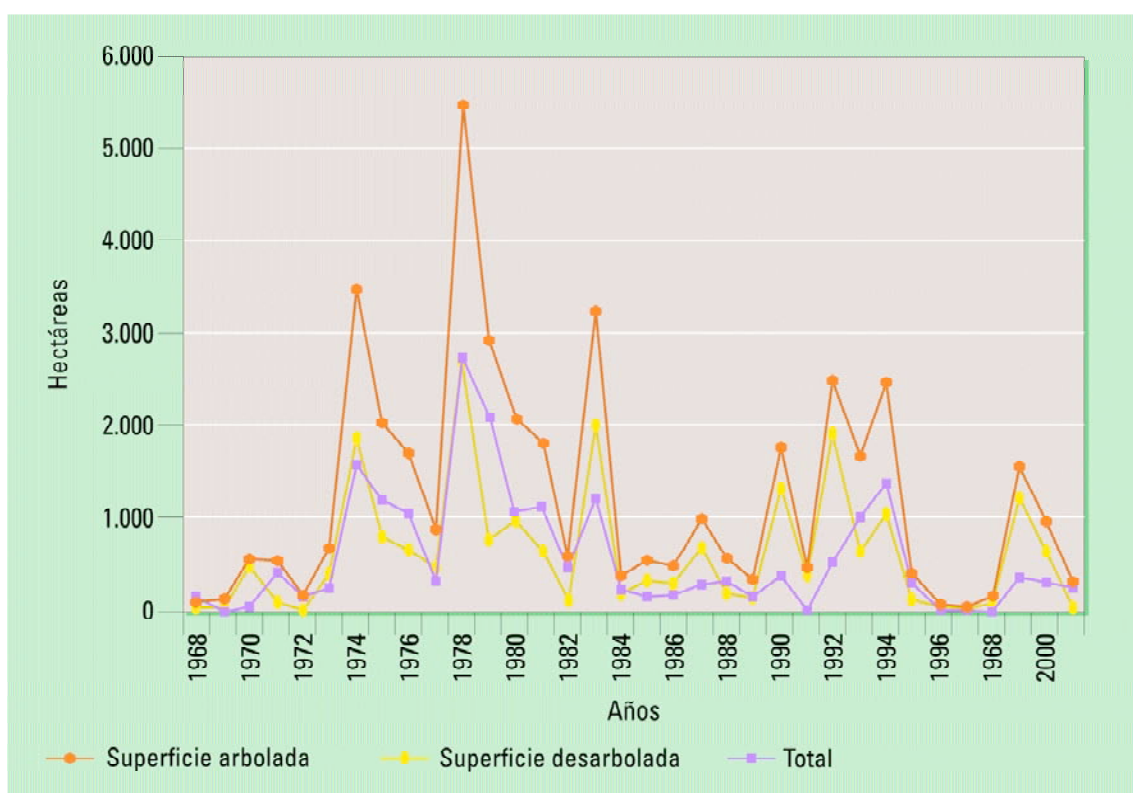


Figura 47: Los incendios forestales en Baleares (1968-2001). Fuente: Incendios Forestales en España, Madrid, ICONA-DGCOMA (memorias correspondientes a los años 1968 a 2001).

Pinus halepensis se mantiene como la principal especie en extensión del archipiélago, aunque en los últimos años su importancia relativa sobre el conjunto de superficie arbolada ha disminuido. La explicación para los elevados aumentos de la superficie ocupada por la encina, y sobre todo el acebuche, tiene que ver con otra consideración que puede ser tomada como metodológica, pero que también es reflejo de la realidad del cambio: algunas extensiones ocupadas por pequeños ejemplares de una y otra se contabilizaron en los inventarios previos como formas mixtas, o bien como terrenos compuestos por arbolado ralo, o incluso desarbolado. El crecimiento de los ejemplares arbóreos de esas extensiones le otorga el suficiente tamaño como para que hayan sido considerados árboles en sentido pleno en el tercer inventario; ello explicaría también la disminución de la categoría (variable de un inventario a otro) "mezclas, otras coníferas y otras frondosas". Por otra parte, en el Tercer Inventario Forestal Nacional se incluyen bajo esta última categoría 2.860 ha de sabinares, formación ésta que no aparecía diferenciada en los dos primeros inventarios.

180 y 181: La comparación de fotografías antiguas y modernas se convierte en argumento que atestigua la recuperación reciente de la vegetación espontánea (véanse fotografías 172 a 175). La fisonomía que adopta el arbolado también puede orientar sobre la dinámica expansiva reciente del bosque, pues son frecuentes las zonas donde a partir de masas más densas se produce el avance de pies más o menos dispersos, muchas veces ocupando terrenos en los que todavía son visibles las infraestructuras relacionadas con la práctica agrícola de antaño. Así se puede ver en el entorno de Raixa, (arriba) o en las proximidades del castillo de Alaró (abajo, ambos en la Sierra de Tramuntana mallorquina).



La evidencia de la recuperación de la biomasa vegetal se atestigua también en algunas propuestas, como la que hacen Joan i Marí *et al.*, (1992), quienes aconsejan apoyar la recuperación de actividades tradicionales como la de los hornos de cal, no sólo por su función de blanqueo de las poblaciones ibicencas, o como reclamo turístico-cultural, sino también para dar salida a la acumulación progresiva de biomasa vegetal que tiene lugar en los bosques y sierras ibicencas como resultado de la desaparición del ganado cabrío y cese del empleo de leña para cocinar y calentarse: “el sotabosc creix abundantment i es va acumulant una quantitat de matèria inflamable que en cas d’un incendi forestal produirà una calor prou intensa per destruir tots els pins”. Este panorama contrasta con el que proporciona alguno de los informantes a estos autores, cuando afirma que “sa llenya s’havia arribat a acabar i llavò s’havien de tair pins verds per acabar-ho de coure”; es decir, la intensa utilización del recurso leñoso llevaba en ocasiones a su agotamiento, lo que obligaba a cortar árboles vivos para alimentar estos hornos.

Los incendios forestales

Se trata de un fenómeno habitual, natural podría decirse, en el ámbito mediterráneo. Muchas de las especies presentes en el archipiélago, como se dijo páginas atrás, muestran unos mecanismos de adaptación muy elevados al fuego. Pero no cabe duda que la intervención humana, desde el inicio de la ocupación de las islas, ha alterado las frecuencias y ritmos de los incendios, intensificando sus efectos. Las huellas de la práctica reiterada del fuego, sobre todo en relación con la actividad ganadera, son todavía visibles en comarcas diversas.



182 a 184: También las masas afectadas por el fuego forman parte del paisaje mediterráneo. El propio abandono de la actividad rural ha contribuido a menudo a agravar la ocurrencia de incendios, pues la biomasa acumulada en el monte se ha incrementado de manera muy acusada. Arriba, imagen en la que se aprecia el límite superior del incendio ocurrido en Menorca en 1995; en el centro, pinares quemados en Aubarca (Mallorca). Antaño, los fuegos agrícolas (imagen inferior; Felanitx) se encargaban de eliminar parte de los restos vegetales relacionados con el cultivo, aunque era frecuente que descuidos en su vigilancia propagaran el fuego a masas arboladas o arbustivas próximas.



La figura 47 muestra la secuencia de los incendios forestales en Baleares desde 1968 a 2001. Como han señalado otros autores (Alzina *et al.*, 1985), los peores años fueron 1974, 1978, 1979 y 1983; en cada uno de ellos se superaron las 2.800 ha, correspondiendo el máximo a 1978, con casi 5.500 ha destruidas por el fuego. Se trata, por otra parte, de un periodo temporal que se caracteriza en numerosos ámbitos del territorio nacional como de los peores desde el punto de vista de la incidencia del fuego; no sería raro atribuir a circunstancias políticas (en sentido amplio) esta peculiaridad de la dinámica forestal de nuestro país. A partir de 1983 la incidencia del fuego ha sido bastante menor, siendo destacables los años 1990-1994, coincidentes con unos años de intensa sequía.

Si nos centramos en la superficie arbolada afectada, fueron 1978 y 1979 los más graves del periodo, superándose en el primero de esos años las 2.700 ha incendiadas. En los últimos años destaca 1994, con 1.370 ha arboladas destruidas por el fuego. En lo que respecta a la incidencia según islas, Mallorca destaca con claridad, concentrándose en esta isla un porcentaje de la superficie quemada notablemente superior a la que le correspondería teniendo en cuenta su extensión forestal.

Según los datos de la Conselleria de Medi Ambient, y dejando aparte un 34,6 por ciento de incendios de causa desconocida, la mayor parte de los fuegos tiene su origen en negligencias (35,2 por ciento), siguiendo en importancia los intencionados, que representan un elevado 23,2 por ciento.

Sin duda la mayor acumulación de biomasa en el bosque debe tener relación con la dinámica de los incendios de los últimos años, si bien también parece que el esfuerzo realizado en labores de prevención (establecimiento de una red de vigilancia, limpiezas en el monte) y de extinción parece dar sus frutos, al menos en los últimos años. Probablemente prueba de ello sea la disminución paulatina de la superficie media afectada por incendio.

